



XIV Certamen Internacional de Relatos
"En mi verso soy libre"

La música

Relatos 2021

Ana Jara García, Clara Navas López (Coords.)

Imagen de cubierta:

Loles Salas. Nací en Lorca, ciudad del Sol y me crié en la huerta entre naranjas y alcachofas.

Cuando terminé el instituto me aventuré en Bellas Artes donde descubrí que sólo quería ilustrar. Así que volví a Murcia y me gradué en Ilustración. Desde entonces he tenido la oportunidad de trabajar para diversos proyectos entre los cuales se encuentra “En mi verso soy libre”, con el que estoy muy orgullosa de colaborar desde 2015.

Ana Jara García. Maestra especialista en Educación Infantil y Primaria que ha ejercido su actuación docente en diferentes centros de la Región de Murcia. En la actualidad trabaja en el Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria en el Hospital Virgen de la Arrixaca. Ha participado en diferentes proyectos educativos (Educación Hospitalaria).

Enamorada de su profesión y convencida de que los docentes debemos ser como el hada o el mago que tienen la capacidad de hacer brillar en cada alumno lo más valioso que guarda en su interior.

Clara Navas López. Ingeniera Técnico Agrícola por tradición familiar, licenciada en Tecnología de los Alimentos por la Universidad de Granada y profesora de Tecnología en ESO.

Desde 2015 pertenece al Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia, trabaja en el H.C.U. Virgen de la Arrixaca y ha participado en el proyecto Edhospi (Educación Hospitalaria).

Como apasionada de la innovación educativa, le gusta llevar al aula las últimas herramientas y aplicaciones de las TIC, utilizándolas como factor multiplicador de la motivación y transformador del proceso de enseñanza-aprendizaje. Es firme defensora del uso responsable de la tecnología en el aula e impulsora en la implantación, puesta en marcha y desarrollo del Proyecto Dr Guau (Terapia asistida con perros).

**XIV CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS
“EN MI VERSO SOY LIBRE”**

La música

Relatos 2021

**XIV CERTAMEN INTERNACIONAL DE RELATOS
“EN MI VERSO SOY LIBRE”**

La música

Relatos 2021

Coordinadoras:

Ana Jara García

Clara Navas López

Prólogo:

Magdalena S. Blesa



Región de Murcia
Consejería de Educación y Cultura



Región de Murcia
Consejería de Educación y
Cultura

Promueve:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación y Cultura.
Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad

Edita:

- © Región de Murcia
Consejería de Educación y Cultura.
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
www.educarm.es/publicaciones

Creative Commons License Deed



Los contenidos de este libro están bajo una licencia Creative Commons de tipo Reconocimiento No Comercial Sin Obra Derivada.

Usted es libre de compartir, copiar, distribuir y comunicar públicamente la obra bajo las siguientes condiciones:

- Reconocimiento- debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciadore (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o apoyan el uso que hacen de su obra).
- No comercial- no puede utilizar esta obra para fines comerciales.
- Obras no derivadas- no puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que se puede renunciar a alguna de estas condiciones si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor.

Advertencia: esto es un resumen del texto legal (la licencia completa) disponible en: [creativecommons](https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/)

Autores:

- Del prólogo: Magdalena Sánchez Blesa
- De los relatos: Alumnado de las aulas hospitalarias (ver el índice)
- De la ilustración de la portada: Loles Salas
- De las ilustraciones interiores: Varios (ver índice)

Imprime:

42lineasdigital - 42lineasdigital@gmail.com

Primera edición:

Julio 2021 - 500 ejemplares

ISBN:

978-84-09-31405-8

Depósito Legal:

MU 621-2021

Este libro es el resultado de la selección de relatos del XIV Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2021, organizado por:

EAEHD Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y
Domiciliaria de la Región de Murcia.
Dirección General de Innovación Educativa y Atención a la Diversidad.
Consejería de Educación y Cultura.

**Comité organizador del XIV Certamen Internacional de Relatos
“En mi verso soy libre” 2021**

Dirección del Proyecto: Ana María Ferrer Mendoza.
Secretaria: Juana María Sánchez García.
Presidenta del Jurado: Aurora Gil Bohórquez.
Coordinadores docentes: Ana María Ferrer Mendoza, Juana María Sánchez García, Mónica Garrido Hernández, Carmen Donaire Muñoz y Luisa Aguayo Giménez.
Coordinador editorial: Francisco Javier Soto Pérez.

Índice

Prólogo	13
Magdalena Sánchez Blesa	

CATEGORÍA A (de 6 a 9 años)

01. La guitarra mágica	17
Nuria Martínez Hernández	
Ilustración: Miguel Alemán Moreno	
02. En busca de la nueva normalidad	21
Eduardo Cerdido Cervantes	
Ilustración: Pedro Antonio Martínez Ortiz	
03. El señor barrilete: un clarinete con mucha suerte	25
Pedro Flores Felipe	
Ilustración: María Moya	
04. Los sueños se cumplen	29
Francisco González Domínguez	
Ilustración: Henar Moros	
05. Cuatro de Liverpool	35
Diego Charcos Reolid	
Ilustración: Eva Cortés	
06. El pianista caballito de mar	39
Ainhoa Méndez Pérez	
Ilustración: Asís Pazó	

CATEGORÍA B (de 10 a 13 años)

01. El profesor de violín	45
Victoria Salcedo de Vicente	
Ilustración: Francisco Salcedo García	
02. Queridos reyes Magos	51
Pablo Pecci Banegas	
Ilustración: Bicho	
03. Cecilia y la salvación de la melodía	55
Nadia Ortego Tendero	
Ilustración: José Ventura Galván Cabrera	
04. Lullaby	67
Ana Lourdes Cascales Lozano	
Ilustración: Francisco Riquelme Mellado	
05. La orquesta hospitalaria	73
Wiam Said Bouques	
Ilustración: Ana Mangas	
06. La música secreta	77
Diana Zalve Urda	
Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez	
07. Las tres cabras montesas	85
Mario Gallego Agüera	
Ilustración: Kike Sánchez	

CATEGORÍA C (de 14 a 17 años)

01. Niebla	91
Marina Sarría Úriz	
Ilustración: Fernando Álvarez	
02. La música	101
Almudena García Maceira	
Ilustración: Pepe Marco Aledo	
03. Respirar	107
Luna Balboa Martínez	
Ilustración: Luz Beloso	

04. La música da la vida	113
Lorena Pintado Pérez	
Ilustración: David López Ruiz	
05. En busca de la melodía	119
Alexia Hernández del Pino	
Ilustración: Javier Tapia	
06. Qué pasará mañana	123
Guadalupe de Haro Arbona	
Ilustración: Elena Sol	
07. La música del recuerdo	129
Irene Ruiz Álamo	
Ilustración: Francesca Cristina Ureña	
08. La partitura de mi vida	135
María Marcos Rebanal	
Ilustración: Sioni López	

CATEGORÍA E (alumnado con diversidad funcional)

01. La música todo lo puede	145
Manuel Montañés Giner	
Ilustración: Lucía Gómez García y Juan Ferre Ibáñez	
02. Mi violín naranja	151
José Humberto Tixe Roldán	
Ilustración: Aurora Gil Bohórquez	
03. Tocando la guitarra con mi bisabuelo don Mariano	155
Alberto Jiménez Rodríguez	
Ilustración: Laura Acosta	
04. Todos somos especiales	159
Esther Vázquez Calderón	
Ilustración: Clara Cordero Balcázar	
05. La música es mágica	165
Macarena Pittaluga Gómez	
Ilustración: Álvaro Peña	

Prólogo

Tienen ustedes en sus manos, queridísimos lectores, un libro sencillo. Un libro modesto, sin más. No les voy a engañar, pienso que este libro nunca será un *best seller*. Este es uno de esos libros que quizá llegue a sus manos o quizá no. A lo mejor no sabrán ustedes que existe y nadie les hablará nunca de él. Ustedes ni siquiera se enterarán de que yo me estoy dirigiendo en estas líneas a su persona. Es un libro más en el mundo, otro libro que se escribe y se publica, que se lee o no. Quizá un día este título llegue a sus casas y tal vez pasen las páginas por su nariz, lo huelan y decidan colocarlo en un anaquel para siempre.

Quizá no sepan ustedes nunca, amigos lectores o no lectores, que yo escribí este prólogo para avisarles de que tienen en sus manos un libro humilde, del que no se hablará demasiado, pero sí les diré algo, aunque no me estén leyendo. Este es uno de esos libros que están escritos desde el mismísimo nodo del corazón. Un libro que, de olerlo, observarán que desprende el olor del tomillo, de la menta. Y de leerlo, percibirán que les llena el alma de ternura.

Este libro no aspirará a tener menciones destacadas, pero tiene la misma verdad que un recién nacido, y la sencillez de un

hormiguero. Tiene la frescura de la nieve, la inocencia de todas las flores y la transparencia de un rayo de sol. Este libro tiene la elegancia de las mariposas, el compañerismo de un panal de abejas, la belleza interna de un mar de corales, la simpleza inmensa de los gorriones, la dulzura excelsa de la misma miel.

Lo siento de veras por la gente que no llegará a leerlo nunca, porque este libro tiene el sabor salado de los minerales, la honradez del campo, la armonía de un pez.

Por eso (le hablo a quienes lo lean), díganle a la gente que no lo leerá nunca que se están perdiendo un libro bello. Ha sido escrito por un puñado de ángeles, por criaturas que están en procesos y momentos difíciles de su vida. Son niños y niñas de 6 a 17 años, cada cual con su cruz pequeñita a cuestas, pero ilusionados, aprendiendo mucho para poder enseñar a los que después necesiten su experiencia. Porque la vida a veces acaricia, porque la vida araña casi siempre.

Este libro no será nunca un *best seller*, pero tiene esa verdad de las cosas más pequeñas, de las cosas más sencillas.

Qué pena que te lo estés perdiendo...

Magdalena S. Blesa

CATEGORÍA A

(De 6 a 9 años)

La guitarra mágica



Ilustración: Miguel Alemán Moreno

GANADOR CATEGORÍA A

La guitarra mágica

Nuria Martínez Hernández

Servicio de Atención Educativa Domiciliaria de Murcia

Desde que era muy pequeñita siempre oía unos sonidos que salían de una cajita de madera con unas cuerdas que con las manos hacía sonar mi abuelito.

Un día, decidí entrar en su habitación y descubrí qué era eso que sonaba tan bien y que tanto me gustaba: era el sonido de una guitarra.

Con el tiempo, descubrí que esos sonidos tan extraños que salían de la guitarra eran notas, y se iban volando por la habitación y hacia la ventana.

Un día fui a ver a un mago para que me dijera como podía yo atrapar esas notas, y el mago me explicó que había varias maneras. Una de ellas era atraparlas con un lápiz en un extraño papel que tenía cinco líneas horizontales y que, si las iba poniendo en fila, quedarían ahí atrapadas para siempre.

Pero yo no quería que estuvieran ahí para siempre, yo quería jugar con ellas, poder cogerlas e ir sacando las que más me gustaran. Había aprendido en el cole que había unas que eran de color negro y otras de color blanco, y que según su forma y su color jugaban más o jugaban menos; yo me lo pasaba muy bien.

El mago me contó que, si de verdad quería atraparlas para siempre, tendría que hablar con la guitarra y con mi voz decirle lo que yo quería escuchar. Y como por arte de magia, cuando yo cantaba, ella me acompañaba con sus lindas melodías.

Un día entré para ver al abuelo en su habitación, pero él ya no estaba, se había ido, aunque me había dejado una carta donde me decía:

Siempre que quieras decirme algo, contarme cómo te sientes, si estás triste o si estás contenta, tú habla con la guitarra y cuéntaselo, frotando delicadamente sus cuerdas, y ella sonará y así yo podré escuchar lo que tú quieras contarme.

Así fue como, poco a poco, la guitarra y yo nos fuimos haciendo muy amigas y ya nunca nos separamos. Y a partir de ese día, siempre que quiero contar algo, cojo mi guitarra y ella habla por mí con sus lindas melodías, y sé que siempre mi abuelito me estará escuchando.

Dedicado a mi abuelo.

En busca de la nueva normalidad



Ilustración: Pedro Antonio Martínez Ortiz

En busca de la nueva normalidad

Eduardo Cerdido Cervantes

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

En un lugar llamado Genacarta vivían músicos de todo tipo que interpretaban composiciones de distintos géneros. Cada uno tenía su dios:

El del rock era un dragón con pinta de rock. ¿Nunca has visto un concierto de rock? Pues iba con la cabeza rapada y botas de pinchos.

El del pop era un dinosaurio que vuela, el pterodáctilo, que podía disparar misiles aéreos y rayos láser.

El de la música clásica era un monstruo como Godzilla.

El de reguetón, un dragón que escupía hielo por los ojos.

El del rap era un dinosaurio con puños de metal.

El del trap, como el monstruo del lago Ness.

El dios del flamenco era un triceratops con tres cuernos que disparaban bombas.

Y el de la ópera era un elefante que tenía la fuerza de un megalodón.

Cada uno creía que su música era la mejor; por eso, las bandas se peleaban cuando tocaban: los del rock lucharon contra los del pop; los de música clásica contra los de reguetón; los del rap contra los del trap, y los del flamenco contra los de la ópera.

A los tres años, desde el inicio de la lucha, apareció una nueva música que les pidió que pararan de combatir. Esta nueva música era muy poderosa y, aunque no llegó a convencer a los músicos, sí que convenció a sus dioses, que los abandonaron a su suerte.

Los músicos se dieron cuenta de que estaban peleando sin ninguna razón, así que decidieron firmar un tratado de paz para ochenta y dos siglos y construir de vuelta la ciudad, ya que estaba destruida tras largos años de batallas.

Así fue como empezó la nueva normalidad de los músicos.

El señor barrilete: un clarinete con mucha suerte



Ilustración: María Moya

El señor barrilete: un clarinete con mucha suerte

Pedro Flores Felipe

Hospital General Universitario de Albacete

Os cuento la historia del señor barrilete, un clarinete con mucha suerte.

Me encontraba en una tienda rodeado de muchos amiguitos instrumentos. Todos esperábamos ansiosos la llegada de mágicas y excepcionales manos de músicos que nos comprasen para disfrutar haciendo sonar la maravillosa música.

De pronto, apareció una chica interesada en un clarinete. Los ojos de la chica repararon en mí para mirarme con detenimiento. Estaba súperemocionado. Sabía que ese era mi momento; la hora de despedirme de mis amigos...

La sorpresa mayor es que la chica daba sus primeros pasos musicales en una banda de música. La chica se llamaba Rocío. Con el tiempo, la banda de música desapareció, y Rocío me guardó en un armario donde pasé un largo tiempo solito y apenado. Pasaron los años y un día Rocío me sacó de nuevo y me presentó a su sobrino que con tan solo seis añitos estaba muy decidido

a aprender a tocar el clarinete. El sobrino es Pedro. Ahora tiene nueve años y aprende muy rápido.

Pedro y yo pronto volveremos a tocar para volver a la banda de música de Pozo Cañada.

Los sueños se cumplen



Ilustración: Hena Moros

Los sueños se cumplen

Francisco González Domínguez

Hospital Clínico Universitario de Valladolid

Hola amigos:

Os voy a contar la historia de cuando empecé a tocar el tambor.

Desde muy pequeñito siempre me ha gustado mucho hacer ruido. Todo lo que podía coger era «un tambor». Por ejemplo: un palo y la mesa del salón, el mismo palo y el suelo, una cazuela y una cuchara..., incluso el palo de antes y la cabeza de papá o de mamá.

Una vez, mis padres me regalaron un tambor que habían comprado para mí en El Rocío (no se llama tambor, se llama tamboril). Como podréis imaginar, se convirtió en mi juguete favorito. Todos los años, en las procesiones de Semana Santa, me quedaba admirado mientras escuchaba los tambores y, cuando llegábamos a casa, pedía a mis padres que me apuntaran a tocar el tambor.

Mi mamá y mi tío ya eran de una cofradía, al igual que yo, así que hablamos con el director de la banda para ver si podía entrar a formar parte de la banda de la cofradía.

Tuve que esperar un par de añitos porque hasta los seis años no se podía empezar a salir en la banda. Cuando ya iba a cumplir los seis años, un mes antes, nos llamó el director para decirnos que, si quería, ya podía empezar a ir a ensayar, aunque él creía que para ese año iba a estar un poco complicado el salir en la procesión tocando el tambor porque faltaba muy poquito tiempo para la Semana Santa.

El día de mi primer ensayo estaba muy nervioso y les decía a mis padres que no iba a saber ni coger los palos del tambor, pero..., aunque al principio las cosas nuevas me cuestan un poco, me presenté en el local de ensayo con mis padres y allí me quedé con los chicos, con «los bandidos», que es como nos llamamos entre nosotros. A pesar de mis miedos, la cosa no se me dio mal del todo; al contrario, me dieron un tambor que no era ni muy grande ni muy pequeño, aunque para mis cinco añitos, casi seis, era un poquito grande para mí. Me enseñaron a colocarme el tambor, a coger los palos y a tocar unos toques sencillos. Cuando acabamos el ensayo, todos me dijeron que lo había hecho fenomenal para ser el primer día y que parecía mentira que no hubiera tocado nunca un tambor de verdad. Eso me animó tanto que, cuando llegaron las procesiones, un mes más tarde, yo dije que quería salir con mi tambor y que me daba igual lo que pesara y lo larga que fuera la procesión.

Cuando llegó el día de la primera, estaba muy nervioso y un poco asustado. Si os dijera lo contrario, os estaría engañando. Llegó el momento de empezar y, en cuanto el director dio la orden, empezamos todos a tocar, y a partir de ahí mi cabeza solo pensaba en tocar, en hacerlo bien y, sobre todo, en disfrutar.

Todos estaban convencidos de que a mitad de la procesión me iba a rendir y tendría que salirme porque iba a estar agotado y no

sería capaz de acabar. Pero ¿retos a mí? Para su sorpresa, conseguí acabar todas las procesiones de ese año y, al año siguiente, ya hacía solos con mi tambor en las actuaciones.

Todo esto os lo cuento porque... LOS SUEÑOS SE CUMPLEN. Este era el mío y, como veis, se ha cumplido.

Ahora estoy cumpliendo otro sueño. Lo que antes eran procesiones, ahora son ingresos en el hospital y el tambor mi medicina.

Como he dicho antes... LOS SUEÑOS SE CUMPLEN, y esta otra procesión la vamos a acabar para alegría y orgullo de todos los que me quieren.

Cuatro de Liverpool



Ilustración: Eva Cortés

Cuatro de Liverpool

Diego Charcos Reolid

Hospital General Universitario de Albacete

Érase una vez cuatro hombres: Paul Mc, Ringo Starr, John Lennon y George H, que se fueron de excursión en su *Yellow Submarine*. Podían tener *Imagine* hasta el fin del mundo, pero vieron a una anciana que gritaba: *Help, Help!* Entonces dijeron: *Let It Be*, y siguieron su camino en su *Yellow Submarine*.

John Lennon pensó: *Yesterday* quería tocar en los Queen. Tocar la guitarra eléctrica, hacerme tatuajes y ponerme cresta.

Luego se fueron a *The Cavern*, donde debían tocar ese día.

El pianista caballito de mar



Ilustración: Asís Pazó

El pianista caballito de mar

Ainhoa Méndez Pérez

Hospital Universitario Central de Oviedo, Asturias

Érase una vez un caballito de mar que se llamaba Dylan y vivía en una caracola en la playa de Salinas. Le encantaba salir a pasear y tocar un viejo piano que había en un barco hundido en el fondo del mar. Todas las tardes daba un concierto, ¡qué contentos se ponían sus amigos los peces! Se sentaban a su alrededor a escuchar su música y se imaginaban que surcaban largos océanos.

Un día, Dylan no acudió a dar su concierto, todos los peces se miraron extrañados y esperaron durante horas, pero Dylan no apareció. Cuando fueron a su caracola a ver qué le había pasado, les contó que estaba muy cansado y que no se podía levantar de la cama. Rápidamente, le pusieron el termómetro y vieron que tenía fiebre, así que lo llevaron al hospital. Después de muchos pinchazos y pruebas, el médico le dijo que tenía que guardar reposo y que se olvidara de tocar el piano en un tiempo. ¡Pobre Dylan! Estaba desolado. ¿Cómo podría vivir sin música? ¿Qué iba a hacer ahora? Sus ojos se llenaron de lágrimas...

Cuando sus amigos los peces se enteraron, decidieron ayudarlo y, después de mucho pensar, se dieron cuenta de que las cara-

colas eran mágicas y podían hacer notas musicales. Cada uno de ellos cogió una caracola y sopló y sopló, hasta que se oyó un sonido fortísimo, tan fuerte que Dylan lo oyó desde el hospital. Dylan se puso muy contento por dos motivos: podría seguir disfrutando de la música y, además, sabía que nunca más iba a estar solo.

CATEGORÍA B

(De 10 a 13 años)

El profesor de violín



Ilustración: Francisco Salcedo García

GANADOR CATEGORÍA B

El profesor de violín

Victoria Salcedo de Vicente

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

Era un frío día de enero. No había parado de nevar en toda la noche, así que decidí quedarme en casa. Me puse a leer un libro que me tenía enganchado, como dicen ahora. Entonces llamaron al timbre de la puerta. Era un mensajero con un paquete para mí. No recordaba haber comprado nada por internet, pero lo cogí. Lo enviaba Gonzalo Puertas Fuster, mi antiguo profesor de violín.

Entonces, me vinieron todos los recuerdos de golpe. Gonzalo era profesor de violín en el conservatorio. Sus alumnos estábamos entusiasmados con él. Además de tocar prodigiosamente, nos hablaba de los grandes compositores, de su época y de cómo vivían. Sus historias nos dejaban boquiabiertos por sus detalladas descripciones.

Todos los años, cuando llegaba el día de Santa Cecilia, patrona de la música, nos disfrazábamos de época y tocábamos piezas de un compositor determinado.

Gonzalo tenía un secreto. Era un increíble secreto del que fui testigo, por casualidad. Un día, al acabar las clases, olvidé mi violín en el aula. Era viernes, y lo necesitaba para practicar durante

el fin de semana. Decidí volver para recuperarlo. Aunque me da vergüenza admitirlo, hice algunos novillos durante los años de conservatorio y conocía una manera de entrar en el edificio un tanto peculiar.

Todo estaba oscuro. La verdad es que solo pensaba en recuperar mi violín y marcharme a casa. De pronto, empecé a oír una melodía que me resultaba muy familiar; era el Concierto nº 3 para violín, de Mozart. Me acerqué despacio para que no me viera el músico y allí estaba el profesor Gonzalo tocando su violín. Me quedé escuchándolo hasta que... desapareció.

Decidí, entonces, recuperar mi violín, y algo me hizo volver al lugar donde había desaparecido mi profesor. Sin darme cuenta, estuve dos horas tocando mi instrumento. De repente, él apareció con un traje del siglo XVIII.

Gonzalo decidió contarme su secreto. Cuando tocaba en soledad, su violín era capaz de transportarlo al lugar del que era originario el autor de esa melodía. En esta ocasión, le llevó a conocer al mismísimo Mozart.

Comprendí de dónde venían esos conocimientos sobre los genios de la música. Me dijo que el tiempo no pasaba de igual manera en las dos épocas. Dos horas en el presente eran dos días en el pasado.

Por esa razón, conocía muchísimas anécdotas de los compositores y sabía de la vida y costumbres de esas épocas. Entonces comprendí que los disfraces que nos poníamos el día de nuestra patrona eran trajes reales.

Desde ese día han pasado ya casi veinte años. Nunca revelé su secreto. Este paquete me ha traído a la mente esos recuerdos. Me

había enviado su violín y una carta que decía: «Es mi deseo que, tras mi muerte, cuides de este tesoro. Espero que sigas disfrutando de la música».

La noticia de su fallecimiento me entristeció. Me quedé pensativo durante un rato y decidí adónde quería ir. Empecé a tocar y por supuesto desaparecí, transportado por la música, literalmente. Pero esa es otra historia.

Queridos Reyes Magos



Ilustración: Bicho

Queridos Reyes Magos

Pablo Pecci Banegas

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

Queridos Reyes Magos:

Siempre he querido una guitarra. Me da igual si es eléctrica, acústica o española, con tener una, me basta.

Siempre he sido un chico muy nervioso. Me diagnosticaron TDAH a los siete años y, desde entonces, la quiero (a la guitarra, no a ninguna chica, quiero dejarlo claro). Por cierto, y por si no lo sabéis, TDAH son las siglas de trastorno de déficit de atención e hiperactividad. Me cuesta mucho centrarme en las clases, pero no solo en las del cole, sino también en las de fútbol. Siempre me acaban castigando a dar vueltas a la pista, es un rollo. Ahora tengo diez años, y desde hace tres os llevo pidiendo esa guitarra con todas mis ganas, con toda mi ilusión. No estoy enfadado porque no me la hayáis traído; me habéis dado regalos mucho más interesantes y útiles, como rotuladores permanentes y pegatinas, que podré usar para decorar mi guitarra. Incluso, me habéis traído regalos antes de tiempo, como cuando vi el muñeco del hombre araña en el cajón de la mesilla de papá.

Pero bueno, a lo que vamos, siempre he querido una guitarra para molestar a mis vecinos. Son muy pesados. La vecina de

abajo, siempre que salto a la comba o boto el balón, sube a quejarse. Pues así se queja con razón, porque no tengo ni idea de tocar la guitarra; que se fastidie. Y el vecino de enfrente, que tiene mi misma edad, toca la batería. Nunca he oído un sonido tan horroroso como ese. Si me pongo, seguro que lo hago mejor que él, seguro. Podríamos ser un dúo. Nos podríamos llamar Los Espantavecinos, ya que, en vez de espantapájaros, que espantan pájaros, pues espantaríamos gente. También podríamos ser un cuarteto porque hay dos chicos del sexto que tienen violines y tampoco saben tocarlos.

También podríamos darle una lección a los vecinos del quinto, que siempre están discutiendo. Son una pareja joven, con un bebé de unos pocos meses. Siempre discuten sobre chorradas como quién le cambia el pañal al pequeño Carlitos o si el biberón estaba demasiado caliente o, por el contrario, demasiado frío. Como dicen papá y mamá: «Son cosas de adultos». Algún día lo entenderé, o ese creo.

Incluso, podríamos trabajar de eso. Imaginaos que un chico o una chica tienen un vecino muy pesado, pues podríamos ir allí una vez o dos a la semana y hacer que se quiera marchar. Y por ese trabajito, cobraríamos un módico precio de cincuenta euros. Es un chollo, aunque creo que tendríamos demasiado éxito y acabaríamos agotados.

Y por eso, queridos Reyes Magos, quiero una guitarra.

Cecilia y la salvación de Melodía



Ilustración: José Ventura Galván Cabrera

Cecilia y la salvación de Melodía

Nadia Ortego Tendero

Hospital Universitario Infantil Niño Jesús de Madrid

Hace mucho tiempo, en una aldea llamada Melodía, cayó una terrible maldición. En la aldea Melodía todos sus habitantes eran buenos músicos que sabían cantar, bailar y componer sus propias canciones con las que contaban historias. Todos los últimos jueves de cada mes se reunían en el templo de la música, donde presentaban sus canciones y sus bailes. Cada familia preparaba durante el mes su presentación y, después de mostrársela a todos los habitantes de Melodía, se organizaba una gran fiesta donde, por supuesto, no faltaba la música.

Cada familia tenía un instrumento de viento, otro de cuerda y otro de percusión, y todos sabían tocarlos muy bien.

En Melodía todo era música, alegría y color. Todos se sentían felices y no podían imaginar un mundo sin música, ya que para ellos la música lo puede todo; estén tristes, alegres o enfadados, en Melodía siempre hay una canción que consigue hacer que te sientas bien y tu animo mejore para hacerte olvidar o, incluso, solucionar cualquier problema que te preocupe.

No es una aldea muy grande, tiene unas veinte granjas, una taberna donde los mayores juegan a las cartas, una escuela, una

casa para que el médico de la aldea trate a los enfermos y el templo de la música. Todas las granjas están pintadas de diferentes colores, cada familia escogió el suyo. Melodía no es grande como lo son las ciudades, pero sí lo suficiente como para ser reconocida como la tierra de la música. En este lugar es donde un día nació el ritmo y todo lo que ahora es el mundo de la música.

De vez en cuando, pasan viajeros que luego escriben historias sobre este lugar, describiéndolo como el lugar más alegre del mundo. Algunos de esos viajeros hasta se quedan unos días, y los habitantes de Melodía les enseñan a fabricar y tocar instrumentos musicales para que la música sea llevada por todo el mundo, llevando a su vez alegría y felicidad. Pero no todos los viajeros son buenas personas; por desgracia, la maldad también existe fuera de las fronteras de Melodía.

Un día cualquiera, apareció un viajero con aspecto oscuro que daba un poco de miedo, y fue hacia una niña llamada Cecilia, con el pelo largo y rubio, que solía llevar suelto y que le hacía destacar sus sonrojadas mejillas y sus grandes ojos azules como el océano —que de momento nunca había visto, pero del que sí había oído hablar—. Esta niña tan bonita fue quien recibió cantando e invitando a comer y a resguardarse en su hogar al hombre oscuro. Ese fue un gran error que la pequeña Cecilia no volvería a cometer. Este hombre desconocido no llegó con buenas intenciones, quiso negociar con los habitantes de Melodía para comprar todos los instrumentos musicales que allí había y, además, quiso poder llevarse a un niño y una niña de cada familia para darles una vida mejor. ¿Qué sabría ese hombre de lo que era la vida en Melodía? Los adultos se negaron y este hombre de ropas oscuras se tuvo que marchar, pero no fue por mucho tiempo.

Unos días después, aquel mismo hombre vestido de negro y con el pelo largo y blanco regresó a Melodía, pero no lo hizo solo. Llegó con un gran ejército que, cumpliendo sus órdenes, quemaron y saquearon la aldea, llevándose antes a los niños de Melodía. Pero esto no fue lo único que hizo. Dejó caer una terrible maldición sobre todos los habitantes de Melodía, transformándolos en instrumentos musicales vivientes que, irónicamente, no podían hacer música. Aquel hombre malvado, que tenía uno de sus ojos con la forma del de una serpiente verde y amarilla, el cual estaba cruzado por una espantosa cicatriz, les dijo que como les gustaba tanto la música, él los transformaría en música hasta que alguien con el valor y el coraje suficiente le plantara cara, porque lo que la música les trajo, la música se lo quitaría.

Todo esto ocurrió un día en el que la niña Cecilia no estaba cerca de la aldea. Salió a recoger setas al bosque, y por este motivo fue la única que no resultó maldecida por el hombre oscuro, que con esos poderes estaba claro que era un brujo, el brujo oscuro.

Al llegar Cecilia a lo que quedaba de su casa, vio a su padre o, mejor dicho, a un tambor de piel marrón al que le salían unos brazos y unas piernas que parecían simples palos de madera con los que tocar el tambor, pero que él mismo no podía. Este tambor tenía la voz de su padre, y también vio a una flauta de color blanco que rodaba por el suelo y que tenía la misma voz que su madre. Pero al que no encontró fue a su hermano Tango, del que más tarde su padre le contó que había sido raptado por el brujo oscuro que les había hecho esto. Le contó que se había llevado a todos los niños por el camino del Este.

Cecilia no lo dudó ni por un momento, recogió comida y agua para unos días y se fue dispuesta a salvar a los habitantes de Me-

lodía y a rescatar a los niños. No sabía cómo lo haría, pero estaba convencida de que, al menos, lo intentaría con todas sus fuerzas y no se rendirá jamás.

Empezó su largo camino hacia el Este, atravesando el frondoso bosque donde ella siempre recogía setas y trufas. La primera noche en ese bosque no pudo dormir, tenía miedo de no poder salvar a su familia y al resto de habitantes de Melodía. Además, estaba preocupada por su hermano y el resto de los niños, no dejaba de preguntarse si estarían bien y, sobretodo, no comprendía por qué aquel brujo les hizo esto; era como si odiara la música. Cecilia recordó las muecas extrañas que hizo con la cara cuando ella le recibió cantando en Melodía, parecía como si le molestara su cántico, pero en aquel momento Cecilia no le dio importancia.

Al día siguiente, siguió caminando hacia el Este, siguiendo las huellas de los caballos del ejército del brujo y la destrucción que iban dejando a su paso.

Pasaron varias lunas hasta que una noche, mientras Cecilia descansaba junto al fuego donde calentaba su comida, escuchó un ruido que era como un crujir de ramas. Inmediatamente se puso en alerta. Tan solo llevaba una lanza de madera oscura y afilada que le dijo su padre donde encontrarla, pues era suya, él mismo la hizo para sus días de pesca en el río. Mirando en todas direcciones, al final Cecilia vio salir de entre las sombras a un chico de unos trece años, como ella, al que le gustaba que lo llamasen Ratón. Era un ladronzuelo con el pelo negro que le llegaba por los hombros y lo llevaba recogido en una coleta mal atada con una cuerda. Era más bien bajito y muy delgado, tenía pinta de llevar días sin comer nada, por lo que Cecilia le ofreció algo de pan y queso. Ratón se rio por la ironía de ofrecerle queso a alguien a quien llaman Ratón,

pero se lo comió con mucho gusto, mientras le contaba cómo el brujo atacó su aldea y se llevó a los niños. Pero allí por suerte no maldijo a nadie. También le contó cómo se hizo ladrón y que era muy hábil abriendo todo tipo de cerraduras. Cecilia le pidió que la ayudara en su misión, y si lo hacía, nunca le faltaría un hogar ni por supuesto la música. Le costó un poco convencerlo, porque Ratón estaba convencido de que dos niños casi desarmados no podrían hacer nada contra ese brujo oscuro y su ejército de bandidos. Pero, al final, consiguió convencerlo.

Partieron juntos, al día siguiente por la mañana, subiendo una alta montaña desde la que, echando la vista atrás, se veía toda la destrucción y cómo, por alguna razón que no entendía, la tierra estaba muriendo. Moría por donde pasaba el brujo oscuro. Ahora solo se veía como una capa de cenizas grises que lo cubría todo, junto con un manto de oscuridad y tristeza a su paso.

Unos días después, ya agotados y sin comida, encontraron el campamento del ejército, pero de poco les sirvió, pues apenas pudieron echar un vistazo cuando un soldado les sorprendió y fueron capturados, pensando que eran dos desertores que no sabían cómo habían podido escapar de las jaulas donde tenían encerrados al resto de los niños. Cecilia y Ratón fueron enjaulados con el resto de los niños y fueron llevados hasta el gran río donde el brujo tenía unos grandes barcos con velas negras. Cecilia, al verlos, sintió el mismo miedo que aquella primera noche en el bosque. Volvía a sentir que no conseguiría cumplir su misión, pero al menos ahora estaba con su hermano Tango, que se encontraba bien dentro de lo que cabe.

Pasaron muchas lunas navegando por el gran río y por el océano azul y profundo que Cecilia jamás había visto. Le sobrecogió lo

grande que era; se perdía a la vista, y a Cecilia le parecía que no tenía fin. Había noches en las que las tormentas eran tan fuertes que los barcos iban dando tumbos. Cecilia y el resto de los prisioneros iban golpeándose contra los barrotes metálicos de las jaulas donde iban encerrados, como si fueran bestias amordazadas, para no poder cantar, hasta que, un día, a uno de los guardias se le cayó al suelo cercano a la jaula donde estaba Ratón un pequeño alambre que muy hábilmente Ratón cogió sin que nadie se diera cuenta. Unos días después, por fin volvimos a ver la orilla y las montañas de nuestra tierra. Cecilia y Ratón reconocieron perfectamente el camino por donde llegaron a los barcos hace ya tanto tiempo. Cruzando una mirada entre ellos, supieron que había llegado el momento de escapar. Esa misma noche, en cuanto amarraron los barcos y los soldados dormían, Ratón abrió las jaulas con el pequeño alambre, liberando a los niños y a algunos que ya habían dejado de ser niños, pero seguían siendo cautivos. Ratón les pidió que fueran muy silenciosos y que bajaran del barco, pero siguieran caminando hacia el oeste por el agua para no dejar huellas, mientras él y Cecilia se ocupaban del brujo.

Les costó un poco llegar hasta el camarote del brujo sin ser vistos y sin hacer ruido. Mientras iban de camino al camarote, arrastrándose entre las sombras, Ratón se hizo con un martillo y una daga con la empuñadura dorada y adornada con una piedra preciosa de color rojo; un rubí de incalculable valor que probablemente sería parte de algún botín de las ciudades costeras que aquellos hombres malvados habían saqueado por las distintas costas, pensó Ratón antes de dársela a Cecilia. Al llegar a la puerta del camarote, tuvo que golpear con el martillo en la cabeza al guardia de la puerta, dejándolo inconsciente para poder entrar con sigilo, arrastrándose ambos por el suelo.

Está claro que los soldados no son muy buenos en lo suyo, pensaba Cecilia, porque no hemos oído ni un ruido ahí fuera, por lo que creo que los niños han conseguido escapar sin ser descubiertos. Ratón ha preparado unas ataduras en los tobillos y las muñecas del brujo, que ahora duerme boca arriba en su cama dejando a la vista su cuello. Cecilia, con mucho sigilo colocó la daga en el cuello del brujo, mientras Ratón apretaba las ataduras en los tobillos y muñecas del brujo, impidiéndole así que se moviera y despertándole de su sueño tranquilo.

Tan solo entraba un poco de luz de luna en el camarote, lo justo para que el brujo le viera la cara y pudiera reconocer los ojos de la niña que un día, hace ya tanto tiempo, lo recibió cantando en Melodía. La misma niña que ahora ya no era tan niña y que le pedía que deshiciera la maldición que dejó caer en su aldea querida. El brujo, como cabía esperar, se negó. No tenía intención de ponérselo fácil, por lo que Cecilia tuvo que amenazar su vida, pero de pronto recordó las palabras que le había repetido su padre: «Lo que la música les trajo, la música les quitaría». ¿Se referirá a que por la música llegó el brujo y los maldijo, y con música se podrá acabar con el brujo oscuro? Cecilia, mirando a su alrededor encontró, apoyado en una pared, un chelo cubierto de una fina capa de polvo y suciedad. En ese momento, Cecilia le dio la daga a Ratón y le pidió que atrancara la puerta, mientras ella comenzaba a tocar el chelo y a cantar una canción en la que pedía que la maldición de Melodía desapareciera. Y mientras tocaba y cantaba sin descanso, el brujo comenzó a sudar, se puso rojo y empezó a temblar hasta que, de pronto, dijo que no podía soportarlo más. Le pidió que parase, y le dijo que cogiera una botella que guardaba en una caja negra que estaba bajo su cama.

Ratón cogió la botella y se quedó mirándola, mientras Cecilia seguía cantando y tocando el chelo, al mismo tiempo que los guardias aporreaban la puerta del camarote. La botella contenía un líquido brillante de color azul y morado, era lo más bonito que Ratón había visto. El brujo oscuro les dijo que debían echar unas gotas sobre todos los habitantes de Melodía, y de ese modo volverían a su forma humana. Pero Cecilia no se fiaba de las palabras del brujo, por lo que decidió llevárselo con ellos como seguro, y si algún guardia se les acercaba, el brujo sería castigado por Ratón, por lo que el brujo ordenó a sus soldados que no les siguieran.

Fueron varios días de viaje hasta llegar a Melodía, días en los que el brujo intentó convencerlos por todos los medios de que le soltaran. Pero cada vez que lo intentaba, Cecilia se ponía a cantar para hacerle enfermar y que su magia oscura se debilitara.

Cuando llegaron a Melodía, Cecilia vio que apenas habían podido reconstruir la aldea; seguía siendo triste y oscura, pero encontró a sus padres, y pudo reunir a todos los habitantes de Melodía en las ruinas de lo que era la plaza central. Cecilia nunca había visto su mundo así, tan lleno de tristeza, pero no había tiempo que perder, por lo que empezó a hacer lo que le dijo el brujo: echó unas gotitas en cada instrumento musical y de ese modo todos empezaron a brillar y a dar vueltas en el aire, donde poco a poco recuperaban su forma humana. Cuando esto ocurrió, los niños que ya habían llegado hacía dos horas, salieron de sus escondites y ya todo fueron risas y alegrías. Ratón prometió hacerse cargo del brujo, y se lo llevo, diciéndole a Cecilia que pronto volverían a verse.

La luz, la alegría y la vida volvieron a Melodía, donde los habitantes nombraron santa y salvadora de Melodía a Cecilia, or-

ganizando una gran fiesta que duró varios días, y de la que pudo también disfrutar Ratón, en cuanto volvió.

Ratón nunca contó lo que ocurrió con el brujo oscuro, pero disfrutó de la fiesta y de la música. Por supuesto que él ya nunca olvidaría, al igual que a su amiga Cecilia y a la aldea Melodía, de la cual hablaría a su familia y amigos que habían liberado de las jaulas del brujo oscuro.

Nadie volvió a saber ni a mencionar a aquel brujo oscuro que quiso robar y destruir la música, pero que gracias a Cecilia y Ratón no lo pudo conseguir, pues la música lo puede todo y no puede ser destruida porque vive en todos nosotros.

Lullaby



Ilustración: Francisco Riquelme Mellado

Lullaby

Ana Lourdes Cascales Lozano

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

Soy Isa, tengo dieciséis años y deseo con todas mis fuerzas encontrar mi música.

A pesar de que soy una persona muy sensible, agradable y que siempre busca sacar una sonrisa a los demás, nunca he tenido muchos amigos. Al principio, cuando empiezan a conocerme, suelo caer bastante bien, pero cuando profundizan más y se dan cuenta de que no escucho música para nada, ya van pensando que soy una sosa, una triste. Y bueno, no juzgo que piensen eso porque, ¿qué adolescente de dieciséis años no escucha música?

A todo el mundo le gusta la música, les hace sentir bien, se ríen, la bailan, la disfrutan... Pero, ese no es mi caso. Cuando me voy a la ducha y pongo música relajante para desconectar, me siento muy mal, se me empiezan a caer las lágrimas y se me hace un nudo en la garganta; cuando voy en el coche, conduciendo tan tranquila y pongo la radio, me empiezo a poner muy nerviosa, las manos me tiemblan y me entra ansiedad. Intento sintonizar otras emisoras, pero siempre tengo que parar el coche, apagar la radio y en un silencio profundo, respirar hondo y seguir condu-

ciendo. O —y esto sí que le parece extraño a la gente—, cuando estoy en una discoteca no lo aguanto, me paso más tiempo fuera que dentro porque me entra pánico y me asusto con cada sombra que va al ritmo de la música, me agobia mucho.

Menos mal que tengo a Eva, mi amiga de la infancia. Ella es un poco diferente a mí, es alegre, va con su música a todas partes, siempre tiene una sonrisa en la cara y la gente conecta muy fácilmente con ella. Pero lo mejor es que siempre está ahí para mí.

Empezamos a ser amigas en el recreo de Primaria; yo estaba sentada sola en un banco cuando ella, con una sonrisa, se acercó y me dijo:

—Hola, me llamo Eva. ¿Quieres ser mi mejor amiga?

En ese momento a mí también me salió una sonrisa y acepté. Desde entonces somos mejores amigas. Eva y yo hemos tenido un par de peleas porque cuando estoy mal, prefiero estar sola, pero ella quiere estar ahí conmigo.

Un día yo estaba más triste de lo normal. La noche anterior Eva me había presentado a unos amigos suyos y todo iba genial hasta que pasamos caminando por la puerta de una cafetería de moteros, sonaba una canción de rock duro y yo me puse a llorar y chillar. Salí corriendo y, aunque Eva me gritaba que volviera, hacía como que no la escuchaba y volví a mi casa. Me sentí estúpida.

Al día siguiente, estaba muy deprimida y me quedé todo el día en casa hasta que a las ocho y media de la tarde sonó el timbre. Eva había venido. Yo le expliqué que quería estar sola, pero ella se lo tomo mal, como si le estuviera diciendo que no la necesitaba en mi vida. Y ella, va y me dice:

—Muy bien, ahora vas a estar sola de verdad.

Salió y pegó un portazo.

En ese momento, me puse a llorar. Me sentía tan mal que me puse ropa para salir, me peiné y salí hacia la cafetería que estaba solo a dos manzanas. Esa cafetería es mi favorita del mundo entero. Está decorada al estilo de los años 70, con sillones rosas, mesas blancas y luces led azules. ¡Y hasta tiene una sinfonola*!

Como vi que no había nadie, entré, pedí un café y un donut de chocolate y me senté. De repente, entró un hombre corpulento, de unos veinticinco años. Se acercó a la máquina de música y puso una canción; luego se sentó en una mesa en la esquina. Era una canción peculiar. En ese momento me sentí yo misma, feliz. Me puse a bailar por toda la cafetería, riéndome y sintiendo la música. Sin darme cuenta, y sin poder evitarlo, me acerqué al desconocido y le pregunté cómo se llamaba esa canción.

—Lullaby —me dijo.

Y justo ahí me di cuenta de que esa era la canción de mi vida.

***Sinfonola:** es un dispositivo parcialmente automatizado que reproduce música. Usualmente se compone de una máquina que se opera introduciendo monedas o billetes y que permite seleccionar canciones o videos para posteriormente reproducirlos. Suelen ser de un metro y medio de altura, con la parte superior redondeada e iluminación de color en el frente y sus lados verticales. La selección de los temas se llevaba a cabo a través de una botonera que, mediante una combinación, permitía indicar una canción específica entre una lista de discos.

La orquesta hospitalaria



Ilustración: Ana Mangas

La orquesta hospitalaria

Wiam Said Bouques

Hospital General Universitario Santa Lucía de Cartagena

Me contaron una vez que una paciente, llamada señora Piano, era diabética porque a veces su páncreas no funcionaba; el azúcar en la sangre no se controlaba.

Entonces, la doctora Violín le dijo a la señora Piano en urgencias del hospital que le iban a tratar su enfermedad, pero antes tenían que hacerle una prueba de un virus llamado miusicccovid, que fue descubierto en Grecia. Este virus estaba destruyendo a los instrumentos, los dejaban sin sonidos.

Miusicccovid se propagó con las orquestas que viajaban por el mundo. El primer síntoma era que no sonaban bien, se desafinaban continuamente, era imposible afinar, se rompían sus cuerdas, las teclas saltaban, se agujereaban los de percusión, los de metal se oxidaban y los de madera se partían. La orquesta con miusicccovid era un destrozo.

De repente se escuchó: «Pom, pororom, pom, pom, pororom, pom, pom».

Era el señor tambor con su sombrero blanco y nariz de payaso, para hacer reír a los pacientes cuando viajaban en cama por el

hospital. Había conseguido la inmunidad para llevar un poco de alegría a los hospitales.

La señora Piano estaba muy preocupada; menos mal que llegó la enfermera Flauta Travesera.

Antes de cogerle la vía, empezó a calmarla, le dijo que entre las dos iban a tocar la melodía de Titanic y así se encontraría mejor. En unos minutos se tranquilizó. Escuchó unos sonidos muy alegres por los pasillos que distrajeron su atención.

Los acordes de Guitarra Española entraron en su habitación, resultó ser la limpiadora, que a ritmo de flamenco dejó todo superlimpio y ordenado, con olor a flores de primavera.

Al rato, le cogieron la muestra de sangre para ver si tenía un escudo dentro que luchase contra el musiccovid. Le pusieron el vendaje para que no se le fuera la vía. En unas horas le darían los resultados, estaba ansiosa y muy nerviosa.

Menos mal que apareció el señor Maracas a ritmo tropical, le tomó la temperatura, le trajo la merienda y unos juegos de mesa, y se despidió con una música carnavalesca.

Al día siguiente, vino la enfermera Flauta Travesera y le dijo que ya podía ir al cole musical del hospital donde la maestra Pentagrama le enseñaría nuevas melodías y la pondría al día de todas las actualizaciones musicales.

Así fue como la señora Piano fue cada día aprendiendo su manejo con la insulina. Al cabo de una semana, por fin le dieron el alta. Ya se podría ir a casa, pero antes tenían que darle el informe la doctora Violín. Sonó el hilo musical de la película Frozen, *Libre soy*.

Y DO RE MI FA SOL..., esta orquesta sin musiccovid terminó.

La música secreta



Ilustración: Juan Francisco Martínez Martínez

La música secreta

Diana Zalve Urda

Hospital Universitario Infantil Niño Jesús de Madrid

Hola, soy Diana. Estoy aquí para contaros una historia impresionante que me pasó el otro día en clase. Bueno, primero me presento. Soy estudiante del colegio príncipe Felipe y sí, me encanta mi colegio.

Ayer, martes 13, fui a estudiar muy cansada. Sentía como si me pesara el cuerpo y no me podía mover. Pero, por otra parte, ese día iba a montar con mis amigas una coreografía con mi canción preferida, así que me armé de fuerzas y salí de mi casa.

Teníamos la mitad montada, pero ya la íbamos a terminar. Estábamos en clase mirando al reloj todo el tiempo, esperando a que sonara el timbre. Salimos superrápido de la clase. Empezamos a ensayarla un poco (aunque nos la sabíamos de memoria). No teníamos dónde poner la música, pero Paula, una de las bailarinas, la cantó porque ella canta genial. Cuando llegamos a la mitad, todas pararon menos yo. Cerré los ojos y era como si sintiera en mi interior la melodía, las corcheas, los silencios, cada nota la vivía dentro de mí como si la música corriera por mi sangre y estuviera bailando en mi cuerpo. Empecé a bailar a ritmo de la música.

Cuando se acabó la canción, todas se me quedaron mirando como si hubieran visto un fantasma. Las que primero hablaron fueron mis mejores amigas, Marta y Rocío, que me dijeron:

—¡WOW! Impresionante.

Pensaban que estaba loca. Que me había poseído el demonio. Cuando ya volví a casa se lo conté a mi hermano mayor, Marcos. Marcos era un fanático de la música, siempre estaba escuchando a Queen, David Bowie, Depeche Mode, y decidí preguntarle que si sabía que era lo que me había pasado. Me dijo que eso era imposible, que estaba estudiando y que lo dejará tranquilo.

Al anochecer, me pasó lo mismo. Pero, la canción era diferente. Era una mezcla de música clásica y jazz. Salí de mi cama y fui andando a donde la música me llevaba. Era como si me estuviera llamando y quisiera contarme algo. Pensaba que era un sueño y me dormí, pero no estaba del todo segura. Por lo menos, a la mañana siguiente era sábado y podía investigar de dónde venía esa música.

Cerré mi puerta y me puse al lío. De repente, un pájaro estaba tocando la ventana de mi habitación. La abrí y no me podía creer lo que estaba viendo. Eran los árboles, las flores y toda la naturaleza bailando la melodía que yo escuché la noche anterior. Era tan bonito que recapacité muchísimo sobre lo que acababa de ver. A veces estamos a lo nuestro, y mucha gente ahora escucha reguetón. Pero si abrimos nuestra mente y escuchamos la música clásica, jazz, orquestas, conciertos, e incluso pop, vamos a descubrir un mundo en la música muy diferente a lo que estamos acostumbrados.

Me quedé mirando por la ventana como una hora o así, hasta que mi padre me llamó para comer. Hoy tocaba macarrones con

tomate, que es mi comida favorita. Cuando me senté en la mesa, empecé a comer como una loca porque quería seguir viendo esa maravilla en mi ventana. Hasta que vi cómo los macarrones empezaron a bailar. ¡Incluso un macarrón estaba tocando el saxofón! Grite a mi familia como si no hubiera un mañana y vinieron corriendo, pensando que me había dado un patatús. Lo que no me esperaba para nada es que vieran el plato vacío, sin nada, ni queso ni tomate, nada. Luego mi madre me castigó por tomarle el pelo, según ella.

Aquí ya pensé que no era mi imaginación. Así que intenté recordar algo que me diera alguna pista para saber lo que estaba pasando. Recordé que una vez un profesor le dijo a mi madre que no era una chica normal. Y al día siguiente, Gustavo, el profesor, me comentó esta frase: «A la derecha del drama, 2, 5, 4, tu alma gemela encontrarás». Estuve media hora, literal, pensando qué significaba esa frase. ¡Hasta que di con la conclusión!

Analícemos... ¿Dónde se hace drama? En el teatro. ¿Y que hay al lado del teatro? Un hotel. Le dije a mi madre que tenía que ir a casa de Marta para hacer un proyecto del cole. Me dejó, pero dijo que una hora como máximo. Salí corriendo hacía allí. Cuando llegué al hotel no me dejaron pasar. Pero de repente, un señor salió del ascensor diciendo:

—Viene conmigo, es un familiar mío. —Y me guiño el ojo—. ¡Es a él a quien estoy buscando! Por eso le seguí la corriente un poco confusa.

—Eh...Sí... Es mi abuelo... —dije yo.

Él se rio por mi excusa (por dentro claro está). Y me llevó hasta el piso 5, número 4. Cuando entramos era como un mundo diferente. Era como un bosque de música. Me explicó que lo

que estaba viendo es un mundo de música donde es todo como un musical. Y cuando entré, los animales cantaban y las flores correteaban como en mi ventana, pero a lo grande. Pero no solo había animales, no, no... También había personas, pero ¡las personas eran instrumentos!

Había un oboe muy simpático que le gustaba el *rock and roll*. Sí, a mí también me sorprendió. Yo pensaba que a un oboe, pues le gustaba la música clásica o cosas así, pero ¿*rock and roll*? Nunca. Y cada uno de ellos me tocó distintas cosas. Por ejemplo, el piano me tocó *Recuérdame*, de la película *Coco*. La tocaba con una emoción que yo lloré y todo. Después, tenía mucha curiosidad por ver qué me tocaban las claves. Me tocaron *Believer*, de *Imagine Dragons*, en percusión, claro. Me puse a bailar y se rieron. Hasta que llegó el momento de irme a casa.

Cuando entré, mi madre estaba en la puerta preparada para echarme una bronca. Pero, sorprendentemente, no podía echármela porque había llegado a tiempo, ni un minuto más ni un minuto menos. Aun así, ella seguía sospechando. En la cena me pregunto:

—Y bueno, ¿de qué era el trabajo? ¿Lo habéis terminado?

¡Cómo sabía que me iba a preguntar! ¡Es que lo estaba esperando!

—Bien, lo hemos hecho de la Edad Media, y yo creo que nos ha quedado muy chulo —dije yo para disimular.

Al día siguiente, me llamó Rocío y me dijo que si quería dar una vuelta en la bici, pero yo le dije que prefería quedarme en casa escuchando música. Le pregunté que si conocía

a Beethoven y me dijo que no. La invité a casa y le dije que le iba a enseñar lo que de verdad es música. Y esta ha sido mi historia.

Con esto quería recordar que tenemos que tener la mente abierta en la música y en todo. No solo escuchar un tipo de música, porque quién sabe. A lo mejor, estas escuchando todo el tiempo pop y escuchas una obra de Richard Wagner y te haces violinista. Por eso es muy importante escuchar cosas diferentes a las que estamos acostumbrados a escuchar.

Las tres cabras montesas



Ilustración: Kike Sánchez

Las tres cabras montesas

Mario Gallego Agüera

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

Hace mucho tiempo, tres personajes llamados Vivaldi, Beethoven y Chopin fueron a tomar una copa de horchata al barrio de Chopin, donde tocaba una pequeña orquesta que alegraba los corazones.

Habían quedado para celebrar el éxito que estaba teniendo cada uno de ellos. Entonces, se les ocurrió que podían hacer algo juntos. Beethoven era un compositor de gran fama que escribía partituras alegres. Vivaldi era un director de orquesta serio, pero agradable cuando lo conocías. Chopin era un DJ que pinchaba música en la discoteca de Roma, el lugar más romántico de toda Italia.

El proyecto consistía en demostrar que la música puede ser diferente según cómo la toques o la mezcles. Con ese fin, Beethoven escribió *Las tres cabras montesas*. Vivaldi la dirigió con una orquesta formada por zambombas, el *didgeridoo*, el sitar y cítaras. Cuando tuvieron la grabación, Chopin mezcló con bases de hip hop.

Cuando todo estuvo listo, estrenaron *Las tres cabras montesas* en un teatro de Pisa, por las bonitas vistas que había. Al acto asis-

tieron los Reyes y demás monarcas. Cuando escucharon la obra, les provocó una emoción extraña que les daba ganas de bailar, pero no lo hicieron por guardar las formas, aunque movían la cabeza al ritmo de la música.

El concierto fue un gran éxito. Tanto, que tuvieron que organizar una gira porque todo el mundo quería escuchar la música de «los tres cabras montesas».

CATEGORÍA C

(De 14 a 17 años)

Niebla



Ilustración: Fernando Álvarez

GANADOR CATEGORÍA C

Niebla

Marina Sarría Úriz

Unidad de Pedagogía Hospitalaria Clínica Universidad de Navarra

Mensaje al lector:

Querido lector, bienvenido a un relato sonoro. Le recomiendo leer el relato mientras escucha la canción correspondiente al fragmento en el que se encuentra. No tiene ningún motivo especial más allá del sentimental, así que no se esfuerce en buscarlo. Un saludo.

There Is A Light That Never Goes Out - The Smiths

Los días de niebla, los pájaros no trinan, lo hacen las gotas de lluvia suspendidas en el aire y el ulular del viento; melodías tristes que apenas son perceptibles para el oído humano. Hay días en los que algún cuervo valiente sigue la música que la naturaleza le ofrece. Comienza a entonar notas sinceras y duraderas. Esos días, el sol se esconde del todo y no se atreve a salir, ya que sabe que no puede hacer nada contra el viento, el agua, el cuervo. Hay flautas, instrumento que mejor se lleva con el viento, que

son controladas por gente que siente naturaleza, se sumerge en el húmedo ambiente que hay en las calles y se une a las sonatas que les rodean. Pero no todo el mundo está capacitado para eso.

Hay, sin embargo, una ciudad en la que se esconde un niño que no toca la flauta, ni es viento, ni es cuervo, pero entiende esa música. Esos días en los que la niebla invade el entorno, se siente obligado a salir a la calle y sentarse en un banco a sentir esos sonidos que escucha, que no sabe de dónde vienen, pero escucha. Un día apareció un gato, animales que no temen a la niebla porque no la ven, y se le quedó observando un buen rato. El niño no sabía bien qué hacer, por lo que se quedó mirándolo. El gato, que no tenía frío, se tumbó en la piedra y siguió mirando al niño.

—¿Qué haces ahí?

—Me estabas llamando.

—¿Y por qué has venido?

—Porque me has llamado.

Era negro, de esos que se dice que dan mala suerte si te cruzan el camino, y sus ojos verdes eran capaces de sonsacarte hasta el más oscuro de los secretos. No era hablador, los gatos son así, utilizan las palabras justas para los momentos precisos.

—Silba.

—¿Qué?

El gato no respondió. «¿Qué significaba aquella palabra?». Silba, le había dicho el gato. Pensó en lo que en ese momento oía. El viento tomaba el papel de bajo, con notas largas y estables.

Uhs que permiten a uno comprender la música que la naturaleza trata de hacer. El agua se encargaba de la melodía principal. Al ser muchas gotas muy distintas, el choque de cada una de ellas con distintos materiales producía un sonido u otro. El cuervo se encargaba de la contramelodía, ya que, al ser un pájaro muy inteligente, conocedor de muchas lenguas y culturas, su capacidad musical es superior a la del agua y el viento, por lo que sus aportaciones, además de pertinentes, eran muy enriquecedoras. De repente, un ruido turbó ese arte, un ulular agudo.

—Viento, ¿eres tú?

—Yo no soy, no puedo hacer notas tan dulces.

—Agua, ¿eres tú?

—Yo no soy, no sé ulular.

—Cuervo, ¿y si eres tú?

—Yo no, soy demasiado inteligente.

—No suena mal.

—Viento, sigue tocando.

First Day Of My Life - Bright Eyes

Era la primera vez que silbaba, se asustó cuando le comenzaron a vibrar los labios de aquella forma, y más aún cuando el viento se detuvo, la niebla se disipó y los cuervos se callaron. Él siguió, el gato le dijo que siguiese, estaba contento. Se había puesto de pie y observaba divertido la escena. Poco a poco, la niebla volvió a aparecer, el viento siguió soplando y los cuervos continuaron graznando.

Comprendió en ese momento que su vida acababa de empezar. El gato seguía mirándole del mismo modo que al principio. De vez en cuando torcía un poco la cabeza para disfrutar más de la música. Él oía los silbidos. Todo el mundo oía los silbidos. No era viento ni era agua ni era cuervo, era un niño que silbaba sentado en el banco de una plaza un día de mucha niebla y viento. Los niños no entienden de dinero ni de tiempo, disfrutan con lo que viven en ese momento, y es por eso que Tom, aunque tiene cincuenta años, sigue siendo un niño.

Toda su vida había vivido eso, su vida. Nunca había pensado qué sería de él diez años después, ni qué había sido de él diez años atrás. Cuando era pequeño, sus padres siempre hablaban del poco dinero que habían tenido cuando él era pequeño, de cómo su padre había trabajado muy duro para ganar lo suficiente como para comprar una casa grande, con muchas habitaciones. Desde el día en el que entraron en la casa, hablaron de qué iban a hacer diez años después, y diez años después comenzaron a hablar del dinero que les faltaba diez años atrás. El día que su padre murió, Tom escuchaba a su madre hablar de lo buen marido que había sido, y él no entendía por qué no hablaba de lo bonito que era el día, lo guapo que estaba papá tumbado con su traje favorito, qué rojas eran las rosas y qué blanca la niebla.

Fue ese día el primer día que lo oyó, al viento, a la niebla, a los cuervos. Él no sabía silbar, así que empezó a imitar al viento, ululaba, o lo intentaba. Resultó tener una voz fascinante, la naturaleza se calló unos minutos, escuchaban atentos a ese intruso que se había entrometido en su canción. Era la primera vez que escuchaban una voz humana hacer música. Aquel día era neblinoso y ventoso, por lo que era la oportunidad perfecta para que la naturaleza comenzase a narrar sus melodías. La aparición del

niño no se la esperaban, pero sí la de Tom, que ya era uno con la naturaleza.

Tú No Me Tienes Que Salvar - Depresión Sonora

Llegaba el momento de irse. El sol aclamaba su puesto y el viento comenzaba a fatigarse. Además, el cuervo no aguanta mucho tiempo solo, sin sus compañeros, tan inteligentes como él y los únicos capaces de mantener una conversación intelectual. Los últimos compases fueron emocionantes. El viento sacó su lado más melódico, dejando aparte esa faceta de acompañante. El cuervo tomó la batuta y se dispuso a improvisar la melodía principal. Las gotas de agua guiaban a los demás instrumentistas mediante acordes. Tom y el niño se perseguían el uno al otro, a veces en canon, otras en fuga y en contrapunto.

You're My Waterloo - The Libertines

El viento se despidió, las gotas de agua se dispersaron, el cuervo soltó sus últimos graznidos. Jamás se había visto un sol tan triste, tan cruel, tan violento. Tom y el niño se quedaron solos en la plaza, observando el triste azul del cielo, que no era cálido ni agradable, sino frío e inerte. *Como debe ser.*

—¿Ahora, qué?

—Ahora, esperar.

—Esperar, ¿a qué?

No respondió. Tom se había convertido con el paso de los años en un cuervo, y claro está, los cuervos son demasiado inteligentes como para malgastar palabras. Sólo usa las palabras precisas en los momentos necesarios. Para qué le iba a explicar al niño a qué había que esperar. Ya se vería en un futuro a qué esperaban. Ellos no lo sabían, él no lo sabía, sólo tenía que esperar. La última vez que le pasó fue con Pete.

Pete era un niño mucho más joven que él. Tendría nueve o diez años la primera vez que se lo encontró. Al parecer, llevaba muchos años silbando y haciendo música junto a la niebla. El día que se juntaron para crear canciones con la naturaleza, la diversión duró poco. A los diez minutos de comenzar la sonata el viento se había detenido y la lluvia también. El cuervo había decidido no salir. En esos tiempos estaba enfadado con el viento y es demasiado inteligente. Cuando todo acabó, Tom cogió su bolsa y comenzó a irse. Pero Pete lo detuvo.

—¿Qué haces?

—Irme.

—¿Adónde?

—A mi casa.

—¿A qué?

—No lo sé.

—Esperemos.

—¿A qué?

Y esperaron. Se sentaron en un banco a observar el cielo. Estuvieron nueve días así, hasta que el viento comenzó a soplar con

fuerza, a ritmo *allegro*, y unas gotas de agua hacían un piano. El cuervo seguía sin perdonar al viento por lo que sea que hiciese; al fin y al cabo, es el cuervo, demasiado inteligente. Ellos se unieron a esta música como si fuesen un elemento más de la naturaleza. Fue una tormenta larga. Durante dos semanas el gato pudo disfrutar de canciones preciosas.

Cuando aquella tormenta terminó, Pete se despidió de Tom y echó a volar con unas alas negras que eran antes brazos. Se había convertido en un cuervo.

Eso mismo ocurrió con el niño y Tom. Esperaron diez días hasta que las nubes bajaron y el viento se despertó. El cuervo ya había perdonado al viento. Tocaron una última canción. El cuervo se calló cuando Tom empezó a ulular. Le gustaba admirar a quien era capaz de hacer algo mejor que él, al fin y al cabo, era demasiado inteligente.

M. - Niña Polaca

Sin ninguna duda, la mejor canción de todas. El niño sabía bien que Tom se iba a ir, por lo que decidió hacer una canción de despedida. Se lo dijo al viento y a la lluvia, ellos lo entendieron, y empezaron a entonar unas melodías bonitas. Las gotas de agua jugaban con acordes mayores y menores mientras el viento se esforzaba al máximo para reproducir un sonido de fondo que siguiese, de alguna forma, a la melodía que entonaba el niño; frases sencillas, cortas y repetitivas.

Al final, a Tom le salieron alas negras, y echó a volar. Cuando llegaba a la rama ya no tenía boca, sino pico, y una vez en el

árbol, todo su cuerpo se había cubierto con un plumaje negro como el carbón, los pies eran garras y, poco a poco, iba menguando su tamaño. Cuando abrió el pico, ya no ululaba ni hablaba, graznaba, graznidos preciosos, suaves, dulces.

El sol salió y todos se fueron, salvo el niño, que se quedó esperando.

La música



Ilustración: Pepe Marco Aledo

La música

Almudena García Maceira

Hospital Universitario Infantil Niño Jesús de Madrid

Llevaba años trabajando para el maestro. Le gustaba escucharlo, al contrario que sus hijos y la vecina que a menudo se quejaba de escuchar la misma sintonía una y otra vez en distintas tonalidades. Sofía sabía que era un genio y la admiraba.

La contrataron hace ya mucho tiempo para limpiar el apartamento de dos habitaciones y un baño en uno de los barrios obreros de Viena. En la primera época, contrataban a una compañía para limpiar los instrumentos. Sofía había observado cómo llevaban a cabo ese trabajo tan minucioso con atención, y ahora lo hacía ella. Era una tarea ardua y tediosa, pero le emocionaba que de ellos habían brotado conciertos que toda la humanidad recordaría a lo largo de los años. Aprovechaba para hacerlo algún día que el maestro dirigiera alguna obra. Si estaba componiendo o revisando alguna partitura, era impensable tocar sus herramientas de trabajo o acercarse mucho al genuino genio musical.

Empezaba la tarea por el piano: primero limpiaba las teclas blancas una a una, luego pasaba a las negras que eran más cortitas, pero más gordas. En ellas solía haber cabellos blancos y restos de descamación que caían del cuero cabelludo del pianis-

ta cuando retorcía el cuerpo de manera extraña al ritmo de las notas. Pero lo verdaderamente complicado eran las «tripas», la parte interna del piano que hacía que fuera un instrumento de cuerda percutida.

Cuando terminaba con el piano, pasaba al laúd. Con un paño iba pasando todas las cuerdas una a una. Desde el clavijero bajaba lentamente hasta el puente. También limpiaba las huellas de grasa que los dedos habían dejado en los trastes. Para el orificio de la caja de resonancia utilizaba un bastoncillo grande que Sofía introducía delicadamente, y allí lo movía por los paneles internos. El toque final era un ingrediente secreto. Cogía un trapo viejo, lo calaba de aguardiente y lo pasaba por la madera exterior del instrumento de cuerda para dejarlo deslumbrante.

Por último, cogía la flauta. Utilizaba una vara metálica y envolvía la punta en bolas de algodón. La introducía por el agujero de la parte de debajo de la flauta y lo deslizaba hacia arriba y abajo por el cuello del instrumento de viento. Al terminar, sacaba la vara y comprobaba que el algodón hubiera recogido todas las babas y mucosidades que se acumulaban en el cuello de soplar. Los agujeros que tapaba con los dedos los limpiaba con bastoncillos de los oídos. Por último, pasaba un paño húmedo por toda la madera de la flauta para recoger las motas de polvo que se hubieran quedado pegadas.

Para concluir, debía afinar los instrumentos. Era la parte de la limpieza que más le costaba hacer. Requería conocimientos musicales. Sofía lo había aprendido después de años de escucha y largas horas oyendo la escala una y otra vez, hasta que desaparecían las disonancias. Las repeticiones las había escuchado hacer al maestro que no soportaba las notas que desentonaban.

Un episodio que nunca podría olvidar fue la pequeña travesura que hizo el hijo del maestro. Siendo pequeño se puso a toquetear las notas del piano. Era un bebé y no sabía ninguna canción, pero empezó a bailotear sus dedos regordetes por las piezas blancas. Hizo una melodía curiosa. El maestro, que se había quedado dormido pasando a limpio unas partituras, se despertó repentinamente del sueño muy alborotado y se puso a tocar el instrumento de cola, dándole finura a la melodía de su hijo. Acto seguido, le escarmentó diciéndole:

Pequeño, nunca dejes un compás incompleto. Debes terminarlo y darle forma, si no, dejas la nota en tensión y el universo te pide una última nota para concluir.

¿Sabes por qué existe la vida en el mundo? La diosa Madre entonó una canción que rompió con la oscuridad y creó el espacio y el tiempo. Con su dulce melodía fue dando forma a los riachuelos para que desembocasen en los mares, las nubes para que se deslizasen por los cielos, la luna y el sol para que colgasen sobre el firmamento. Con su nana creadora fue dando forma y color a la vida. Especies de pájaros que empezaron a gorgojar imitando su canto, cervatillos que correteaban a la sombra de los árboles y, su obra maestra, el hombre. Era lo más difícil que le quedaba por crear. Lo estaba modelando con la canción más enternecedora cuando se interrumpió. No terminó la canción al ver todo el sufrimiento que le quedaba por vivir a aquella raza. Se reproduciría la especie, evolucionaría, pero cada uno de ellos tendría grandes preguntas y encrucijadas en las que sentiría dolor al decidir el camino. Repentinamente, al caer en la cuenta de ello, todos esos dolores de la humanidad se juntaron y cayeron sobre su

corazón de divinidad. Igual que un rayo parte un tronco, ella interrumpió su canto del dolor y no pudo terminarlo.

Por eso, pequeño, sale el alba todas las mañanas; los frutos se abren y dejan caer sus semillas, para que una nueva generación nazca; los hombres seguimos evolucionando y el agua de la lluvia vuelve a llenar los ríos. Porque la creación busca llamar con su belleza a la Madre Creadora, para que cante la última nota que permita al hombre y a la obra creada volver al descanso en paz. Es por eso pequeño, por lo que la música se escribe, para no dejar la composición en tensión y repetir el error cometido. Aunque esto no signifique que la herida, nuestra herida, siga igual de tirante.

El maestro bajó la mirada al pequeño que se había quedado dormido con la historia. Le metió en la cuna dulcemente y volvió a sus partituras.

Sofía sacó el pañuelo de encaje del bolsillo y se secó silenciosa una lágrima que corría por su mejilla. Estaba conmovida. Cogió el viejo escobón y siguió con su tarea limpiando el suelo del cuarto de estar.

Respirar



Ilustración: Luz Beloso

Respirar

Luna Balboa Martínez

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

No había amanecido aún, cuando ya sonaba esa melodía que día tras día despertaba a Lara, esa canción que tan contenta la ponía. Hacía unos meses de aquello, pero ella lo recordaba cada vez que sonaba esa canción.

Lara tenía quince años, el pelo muy rizado y la piel morena. Sobre su mano izquierda destacaba su marca de nacimiento, un antojo en forma de estrella que su madre aseguraba que era una señal de que había nacido para brillar. Había sido muy alegre de pequeña y le gustaba mucho pasar tiempo sola, aunque no sentirse sola. Siempre había sido muy reservada, pero últimamente se había vuelto invisible, y con el paso del tiempo esa enorme sonrisa que la caracterizaba se fue apagando, y de tantos cientos de aficiones que había tenido solo le quedaba una, la música, su gran pasión. La música era lo único que le hacía sentir algo, aunque ella no era consciente de ello.

Así llegó su primer ingreso en el hospital, más concretamente en la habitación 424. Le tocó vivir una época un poco dura en él, ya que con el confinamiento y el virus las visitas eran reducidas.

Le costaba mucho estar separada de su hermana y de sus padres, pero sabía que era por su bien, ya que había dejado de comer y cada vez tenía menos energía. Todo empezó un día en clase cuando un grupo de niños la llamaron gorda. Desde ese día los ojos con los que se miraba dejaron de ser los mismos, la imagen que le devolvía el espejo había cambiado y su ropa ya no era tan cómoda.

Gracias a su guitarra conoció a Pablo y a Lucia, quienes, además de ayudarla a sentirse mejor, compartían su pasión por la música. Pablo le aportaba esa calma que tanto necesitaba, con su pelo suave y su mirada profunda que le transportaba a cuando era pequeña y vivía sin preocupaciones. Y Lucía era la persona que mejores consejos y charlas nocturnas le daba, hasta conseguía arrancarle alguna carcajada, como aquella vez que le contó cómo había conseguido convencer a sus padres de que la dejaran hacerse un *piercing* en la nariz, diciéndoles que ese agujerito le iba a ayudar a respirar mejor.

Su lucha con la comida continuaba, pero siempre se refugiaba en su guitarra. Cada vez que comía sentía en el pecho una presión que no le dejaba tragar, y después venía el bajón, esa sensación de culpabilidad que no paraba hasta hacerla llorar, que le hacía sentir escalofríos y hacia castañear sus dientes cada vez que tenía la bandeja delante.

Pasaban los días y se encontraba menos triste gracias a la música, pero no conseguía que nada le devolviese su sonrisa. Un día estaba en el aula de terapia con sus compañeros cuando descubrió la canción, esa canción que cantas en la ducha, que bailas a solas en casa y que pones a todo volumen en el coche cuando suena por la radio. De repente, la escuchó y le hizo sentir algo

que a día de hoy sigue sin poder explicar con palabras; fue como si alguien hubiera cogido su historia y la hubiera plasmado en aquella canción, como si la compositora la conociese de toda la vida.

Algo en ella cambió cuando tocó con su guitarra *Respirar*. Por primera vez esa mueca triste que tenía comenzó a desdibujarse, y en su lugar apareció una pequeña sonrisa, pues esa letra era casi autobiográfica.

Sintió que su piel rota caía, dejando al descubierto otra que parecía de porcelana, que gritaba en silencio y que por eso nadie escuchaba; sintió que necesitaba respirar de esa ausencia de sí misma, y se dio cuenta de que cada uno en su universo siente su dolor como algo inmenso.

Lara cogió impulso y desde ese momento, nada la detuvo, su sonrisa volvió a ser la de antes y ella también. Ahora respiraba mejor y sus ganas de comer habían vuelto, pero para comerse el mundo.

La música da la vida



Ilustración: David López Ruiz

La música da la vida

.....
Lorena Pintado Pérez

Hospital General Universitario Reina Sofía de Murcia

Soy Clara, una niña de doce años. Para que me imaginéis, me voy a describir un poco: tengo el pelo negro y liso, los ojos marrones, nariz pequeña, labios finos y una altura normal para una niña de doce años. Me gustan los animales, dibujar, leer, escribir..., y lo que más me gusta es la música, aunque no tengo canción favorita.

En el instituto voy siempre con mi amiga Lucía, pero hoy no me estaba esperando en la puerta del instituto como siempre. ¡Qué raro! Yendo por el pasillo, la he visto con Andrea y Sofía, unas chicas que se meten conmigo. Ellas son perfectas: guapas, rubias, ojos azules, altas, delgadas...

Entrando a clase le pregunto:

—Hola, Lucía. ¿Qué hacías con Andrea y Sofía?

—Es que a partir de ahora voy a estar con ellas, son populares, guapas, listas... Lo tienen todo. Y tú... bueno..., no destacas en nada. Así que, adiós.

Me ha destrozado. Me voy a mi casa llorando, estaba muy triste, acababa de perder a mi mejor y única amiga. Tras unos minutos de andar, llego a mi casa, abro la puerta y llamo a mis padres:

no contestan, no hay nadie. Subo las escaleras hasta llegar a mi habitación, entro y dejo mi mochila. ¡Puf, cuánto pesa! Bajo a la cocina y veo una nota de mi madre: «Cariño, tu padre y yo trabajaremos hasta tarde. Te he dejado unos macarrones en el frigorífico, caliéntatelos. Hasta luego, cariño».

Voy al frigorífico, cojo los macarrones y los caliento en el microondas. Después de un par de minutos, abro el microondas, cojo el plato y me voy a la mesa, pero cuando me voy a meter los primeros macarrones a la boca me vienen unos pensamientos que me frenan: «No, ¿qué haces? Tienes que ser perfecta, así todos te querrán, y lo primero es adelgazar. No comas».

Me salen lágrimas de los ojos, pero obedezco a mis pensamientos: me levanto, cojo el plato y lo tiro a la basura. Subo corriendo a mi cuarto aun con lágrimas en los ojos y me tiro a la cama. Me pongo música para tranquilizarme, la música siempre está para mí, cada melodía, cada letra, cada segundo de canción.

Desde ese día mi vida cambió, se convirtió en una pesadilla: gritos, discusiones, comida volando... Desde ese día, quería ser perfecta, lo quería hacer todo perfecto: los deberes, exámenes..., lo quería todo ordenado y perfecto. La perfección es mi obsesión. Estoy sola, no tengo amigos, me paso el día llorando y escuchando música. Cuando peor me siento, la música está para mí, comprendiéndome y diciendo lo que yo callo. Cuando más sola estoy, la música está para mí, abriendo sus brazos para arroparme y secarme las lágrimas. La música está para mí cuando ni yo lo estoy.

Han pasado dos años desde ese día, desde que cambié. Al principio, mis padres se esforzaban por comprenderme, pero llevo tanto tiempo que se están desesperando.

Estoy en mi habitación escuchando música como siempre y oigo cómo mi madre me llama para cenar. Bajo a la cocina.

—¡Que no voy a cenar!

—¡Cómo que no! ¡Llevas dos días sin comer! ¿Tú crees que puedes vivir así, sin comer?

Estoy de brazos cruzados, me niego a hablar, esta conversación ya la hemos tenido muchas veces. Mi padre se cansa, da un golpe en la mesa, coge las llaves del coche y...

—Pues nos vamos al hospital.

—¡Que no voy!

Mi padre me coge y me mete en el coche a la fuerza. Voy gritando y dando patadas. No pienso volver al hospital. Mi padre conduce mientras me tiene agarradas las manos con la suyas para que no abra la puerta. Entonces, afloja un poco su mano y aprovecho: abro la puerta del coche, me desabrocho el cinturón y salto. Mi padre se distrae y choca con un coche. Todo se vuelve negro.

Al abrir los ojos estoy en un hospital. Esta mi madre, que me abraza, con lágrimas en los ojos.

—Dice el médico que has tenido suerte de que el coche no fuera a mucha velocidad.

—¿Y papá? Me acuerdo de él chocando un coche —Mi madre me mira con los ojos llorosos.

—Está en coma, chocó con un coche.

—No, no puede ser, por mi culpa —Estaba destrozada.

Han pasado meses desde el accidente. He ido todos los días a ver a mi padre, pero no despierta, sigue en coma.

Es todo culpa mía, si hubiera cenado, si no hubiera abierto la puerta..., no habría pasado esto.

Estoy sentada mirando a mi padre, me acuerdo de lo bien que lo pasábamos de pequeña con sus bromas, sus chistes, sus juegos..., y su canción. A mi padre también le encanta la música, creo que lo heredé de él. Me compuso una canción cuando era pequeña que siempre me cantaba. Con la música pueden expresarse todos esos sentimientos que no pueden decirse con palabras. Le cojo la mano, lo miro a los ojos y empiezo a cantar su canción. Me salen lágrimas y apoyo la cabeza en nuestras manos. Entonces...

—Cariño.

¡No puede ser, no me lo creo, imposible! Miro hacia mi padre y lo veo, me mira con sus preciosos ojos azules y una gran sonrisa en la cara.

—Lo siento, lo siento. Tendría que haber cenado esa noche y...

Mi padre me toca la cara y con un dedo me seca una lágrima que corre por mi mejilla.

—No pasa nada, cariño, no llores.

Han pasado algunos meses desde que mi padre despertó, y han cambiado muchas cosas. Empecé a comer y a relajarme con los estudios, hice amigos... Descubrí que no hay que ser perfecto para que te quieran y descubrí que los amigos de verdad te quieren tal y como eres. Desde ese día, volví a ser feliz, volví a ser yo.

Encontré mi canción favorita: la que salvó la vida a mi padre, y comprendí por qué algunos héroes no tienen por qué llevar capa; algunos héroes solo duran unos minutos. Lo que me ha solucionado la música es increíble.

En busca de la melodía

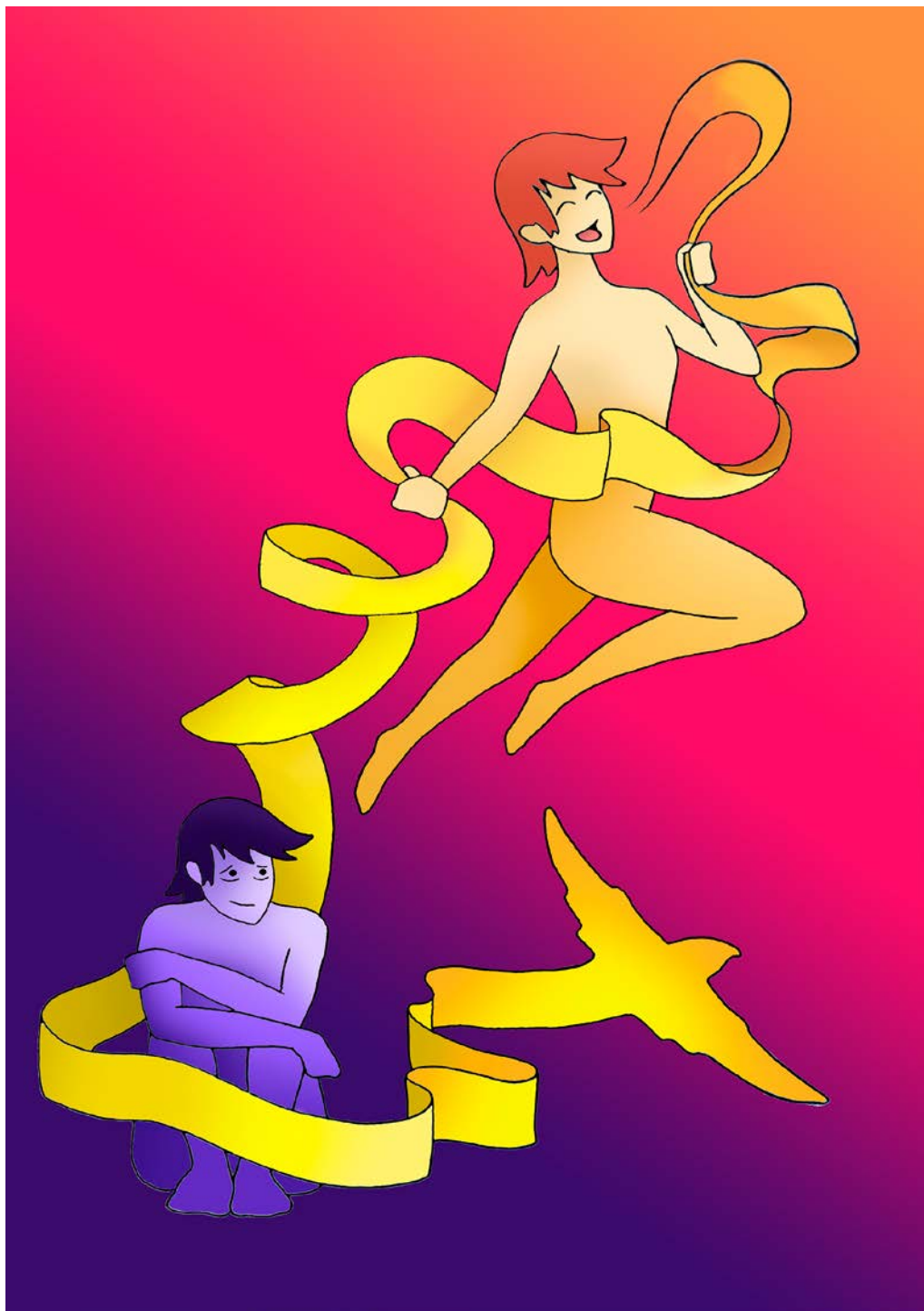


Ilustración: Javier Tapia

En busca de la melodía

Alexia Hernández del Pino

Hospital Universitario Materno Infantil de Gran Canaria

Melodías eran lo único que le rondaba a Ashley por la cabeza. Nada le hacía tan feliz como encontrar la nota final a su verso; ella era poesía, otros eran ecuaciones y algunos incluso deportes. Por eso no entendían su rima, algo que al final sería su perdición. Le arrebataron aquello que amaba con palabras desafinadas, haciendo que se encerrara en sí misma. Llegó a tal punto que se perdió, y no sabía quién era ni en quién se había convertido.

Se volvió fría, distante, no sonreía, la vitalidad que la inundaba se desvaneció en un acorde desentonado, y todo ocurrió cuando dejó de comer. Adelgazó tanto que tuvo que ingresar en el hospital. Cuando la internaron, comprendió lo mucho que había perdido; no solo puso en riesgo su salud física y mental, sino que también perdió su arte, su melodía.

Aquella misma noche descubrió lo que realmente quería; quería ser dueña de su propio destino, quería que ese himno de pensamientos enfermos jamás volviera a irrumpir en el escenario donde tocaba la orquesta que resonaba en su interior; quería que nadie le robara sus acordes, quería que nadie olvidara su solo,

quería que todos tararearan su estribillo, quería que las personas bailaran al son de su música; quería, no, necesitaba recuperarse para tener energía y terminar su canción.

La canción de su vida.

Qué pasará mañana

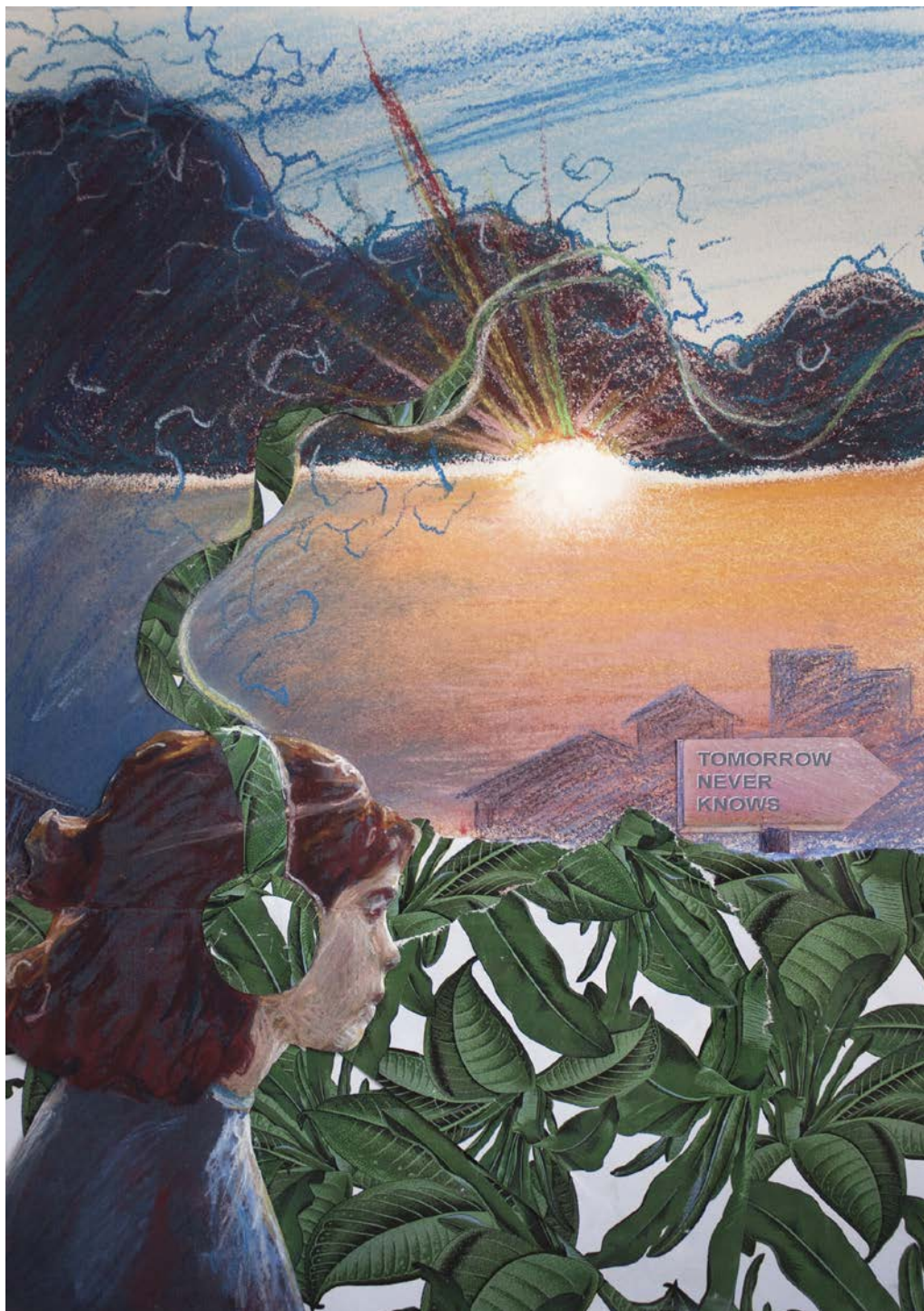


Ilustración: Elena Sol

Qué pasará mañana

Guadalupe de Haro Arbona

Hospital Universitario Infantil Niño Jesús de Madrid

La música más dulce para mis oídos, en una mañana de sábado tras una interminable espera para el fin de semana, es, sin duda alguna, el grito casi agonizante de mi madre indicando que ya es hora de levantarse.

A pesar de que me altera el hecho de que estos gritos acaben formando parte de mi rutina, parece ser que no se cumplirán mis pesadillas. Resulta que los exagerados berridos llevaban consigo la petición de que fuera a comprar tres barras de pan para la exhaustiva y milimétricamente planeada comida familiar de hoy. Confieso que la idea de gastar mi muy preciado tiempo de colina en colina para la compra de dicho alimento, me inunda de ira. Por suerte, me motiva (por insignificante que parezca) el hecho de poder escuchar mis canciones favoritas por el camino.

Si me paro a pensarlo con detenimiento, cualquier tipo de actividad se vuelve más amena cuando se acompaña de alguna melodía. Como echarle sal a la comida o un accesorio a tu conjunto, la música es para mí la acompañante ideal de la vida.

Para cuando me doy cuenta, ya tengo los auriculares puestos,

antes incluso de haber salido de casa. Mientras bajo las escaleras desde mi habitación hasta la puerta principal suena *A Day In The Life* de The Beatles. Me resulta algo cómico el modo en el que mi situación actual se relaciona con la canción.

Mientras paseo hacia la salida de la urbanización, me percató del cambio repentino en la iluminación del entorno; una inmensa nube, que amenaza con estallar en chorros de agua, se interpone ante la agradable luz del sol. Miro al cielo y puedo ver el cautivador contraste de colores producido entre el gris oscuro, casi azulado, de la nube y el verde chillón de las hojas de los árboles que decoran la asphaltada acera. *Have You Ever Seen The Rain* suena esta vez, haciendo de este simple paseo una innumerable cantidad de sensaciones.

Caminando por la calle, ya fuera de la urbanización, me siento más libre, incluso más independiente, y, a mi paso me acompaña un clásico de Janis Joplin: *Piece Of My Heart*. El rock psicodélico de los años 60 es mi favorito y me produce emociones indescriptibles. Conforme suena la canción, veo a la gente pasar y, en cierto modo, siento lástima por ellos, por el hecho de que no puedan experimentar lo mismo que estoy sintiendo yo al ritmo de esta balada.

Suenan un par de temas más, algunos de ellos tan melancólicos y mohínos que pienso que los descargué con el fin de castigarme. Al cabo de unos pocos minutos, me encuentro ya frente al pequeño local en el que siempre y sin excepción compro el pan. Antes de disponerme a agarrar las barras del estante algo polvoriento en el que se encuentran, me detengo ante una pequeña nevera. Observo sedienta las latas de Coca-Cola mientras suena *Get Off Of My Cloud* y, acompañada de la estridente batería y gui-

tarra de la canción, me imagino como CEO de una empresa del calibre de Coca-Cola. «Quizá ganaría tanto o más dinero que los artistas que estoy escuchando», me digo a mi misma, e inmediatamente salgo de mi ensimismamiento para coger y pagar el pan.

Salgo del pequeño local y el tema de Pink Floyd, *Wish You Were Here*, me recorre todo el cuerpo con cada acorde de guitarra, que, por alguna razón, parece encajar con el actual tiempo otoñal. Dicha canción da para rato y, cuando llega a su fin, siento como si me estuviera emocionando. Los árboles parecen conectar conmigo a través de la música con su oscilante movimiento de ramas.

Toda calma se ve repentinamente perturbada por unos gritos, que consigo oír sobre el ya de por sí alto volumen de mis auriculares. Instintivamente me giro para encontrar un hombre envuelto en harapos y, efectivamente, gritando (incluso más alto que mi madre esta mañana). Sus alaridos no tienen sentido. Intento ignorarlo con una de las canciones que me hacen compañía, en este caso, *The Fool On The Hill*, que, de nuevo, y tal y como me ha pasado con otras canciones, parece encajar tan bien con la situación que hasta asusta. El sospechoso sujeto empieza a acercarse a mí, estropeando la inmaculada estética del paisaje con sus pisadas, que hunden las flores y retumban en mi cabeza provocando escalofríos y un sudor helado que rodea mi cuello y baña mi cuerpo petrificado al son de *Tomorrow Never Knows*.

La música del recuerdo



Ilustración: Francesca Cristina Ureña

La música del recuerdo

Irene Ruiz Álamo

Hospital Universitario Materno Infantil de Gran Canaria

Hace muchos años, cuando los humanos no podíamos ser considerados como tales, existían unos seres muy parecidos a nosotros en su aspecto físico, pero les faltaba algo. Tenían un lenguaje que les permitía comunicarse entre sí. Creaban sus propias herramientas, cuidaban de sus hijos y ancianos, pero no podían comunicar sus sentimientos.

Un día, una mujer que tenía un hijo pequeño, no sabía cómo comunicarle su amor para que no llorara y, desesperada, le pidió a la diosa Madre que la ayudase a encontrar un tipo de comunicación que no fuera el habla.

La diosa se compadeció de ella y le enseñó a cantar una nana. Luego le dijo: «Cuando tu hijo oiga estos sonidos sabrá que alguien que lo quiere está a su lado y todos sus temores desaparecerán».

Cuando las otras mujeres del poblado la oyeron cantar, y vieron el efecto que tenía su canción sobre el niño, quedaron maravilladas y aprendieron a cantar para así comunicarse con sus hijos.

Todos esos niños crecieron y tuvieron sus propios hijos, y nunca olvidaron el don que la diosa Madre les había regalado.

Después de este primer uso de la música como elemento para comunicarse, aprendieron a usarla para transmitir todos nuestros sentimientos. Así, empleaban la música para que sus compañeros supieran si estaban tristes o alegres. Crearon música para expresar su amor, su soledad, su dolor y todos los sentimientos que tenemos las personas y que pueden ser transmitidos a través de las melodías.

La música, las canciones, nos sirven muchas veces para recordar a las personas con quienes estábamos, cuando la oímos, el lugar o momento concreto de nuestra vida en el que escuchamos esa canción, esos acordes, esas letras.... Y es que la música nos hace partícipes del estado de ánimo de quien la compuso o de quién la interpretó, y nosotros nos solemos acordar de ella cuando tenemos su mismo estado de ánimo.

Siguiendo este pequeño relato, y después de pasados muchos miles de años, en una residencia para personas mayores, un chico visitaba a su madre enferma de Alzheimer. Estaba muy triste porque su madre no lo reconocía, y le preguntaba una y otra vez: «Mamá, ¿sabes quién soy?». A lo que la señora respondía: «No sé, a usted no lo conozco».

Así un día y otro día, hasta que una tarde el chico empezó a tararear una nana que su madre le cantaba a él cuando era pequeño. De repente, la señora mayor comenzó a cantar la misma canción y, cuando terminaron de cantar, dijo sonriendo: «Hola hijo, ¡todavía recuerdas esa canción!».

A partir de ese momento, cuando su madre no lo reconocía, él le cantaba esa misma nana y, como si de un milagro se tratase,

su madre la recordaba al instante. Y es que el poder de comunicación que tenemos a través de la música es tan grande que ni siquiera una enfermedad como el Alzheimer logra hacernos olvidar las canciones, las melodías que han significado algo importante en nuestra vida.

Para oír una opinión médica, el hijo le contó lo que había pasado al médico que trataba a su madre en la residencia, y el doctor le dijo que era normal que se acordara de las canciones, de la música en general. Y esto era porque estaba almacenada en una parte del cerebro que no se había dañado, pero que eso no implicaba que reconociera a la persona que cantaba con ella.

Con el fin de demostrarlo, el médico se puso a cantar la misma nana y la señora no parecía responder de la misma manera. Entonces le preguntaron: «¿Es que no tiene usted ganas de cantar?». Y la respuesta fue sorprendente: «Verá, es que esa canción solo se la canto a mi hijo».

La partitura de mi vida



Ilustración: Sioni López

La partitura de mi vida

María Marcos Rebanal

Hospital Universitario Marqués de Valdecilla de Santander

—Debes de salir en cinco minutos, la gente está ansiosa por oírte tocar. ¡Tu fama está en aumento!

Mi mánager, ¿por qué lo contraté? Solo es un hombre con ansia y necesidad de dinero, poder y prestigio. Pero parecía el único que tenía fe en mi carrera y eso, quiera o no, es lo que me da fuerzas.

—Sí, yo solo... —el sudor frío comienza a ahogarme— necesito un poco de agua y las partituras.

Él sonrío con esa sonrisa condescendiente.

—¡Ella debe salir ya! —grita un hombre enfadado.

Espera, ¿en qué momento habíamos comenzado a caminar?

—Eh, cuando quieras puedes salir, pero apresúrate porque no nos pagan por trabajar veinticuatro horas —dijo un chiquillo del *staff*.

—Sí, sí, si ahora sale, pero tenga un respeto que dentro de poco va a ser una famosa... —comenzó mi mánager.

Estoy a tres pasos de salir al escenario, pero mi cuerpo no puede moverse, los murmullos de esos cientos no me ayudan. ¿Y si me equivoco? Seguro que lo hago, y la gente me odiará. Me sobresalto cuando siento un pinchazo en la costilla izquierda.

—Ah, mujer! Era un codazo amigable, porque si te quedas ahí parada no vamos a ganar —puso esa sonrisa hipócrita—. Lo sabes, ¿verdad?

Estoy a punto de contestar, pero el pitido de un micrófono encendiéndose hace que cierre la boca de nuevo.

—¡Buenas noches a todos! Espero que estéis disfrutando de estas maravillosas audiciones. ¡Qué talento desprenden! Pero, ahora los oídos deben de abrirse para una pianista que se está forjando su propio nombre, estoy hablando de...

Un impulso de huir se impone en mi cuerpo y en mi alma, pero acabo saliendo a trompicones con los empujones que me están dando. Me quedo inmovilizada delante de mil quinientas personas que me miran con impaciencia.

Me estoy dando cuenta de que estoy tan tensa que no me puedo mover. Me voy acercando a ese piano majestuoso que solo he visto en mis sueños. Me acerco con cautela, haciendo que las tablas de madera se muevan un poco, pero no lo suficiente como para ser considerado peligroso.

Lo he hecho. Me he sentado, ahora estoy más tranquila, ahora solo tengo que dejarme llevar y acordarme de todo. Lo he hecho muchas veces, no voy a fallar ahora. No puedo fallar ahora. Tomo aire profundamente, dejando que fluya en mi organismo. No consigo calmarme, pero tengo claro qué hacer. Mis manos blancas como la nieve se posan en las teclas y comienzo a repetir la partitura.

Voy memorizando y tocando cada nota.

¿Un minuto? ¿Dos minutos? ¿Cuánto llevaba allí?

El tiempo comienza a ser eterno, solo me centro en que mis dedos toquen la nota correcta, pero mi mente está en los lugares más oscuros.

De repente me quedo en blanco.

Mis manos están petrificadas en el sol, y el tiempo se está deteniendo.

«Reacciona, sólo concéntrate», me digo a mí misma. «Si sigo como si nada, no se notará, ¿no? No, no, ya es muy tarde».

Un tenso silencio comienza a invadir el auditorio y me impide levantar la vista del limpio y fabuloso teclado. Me he esforzado mucho, durante años. Noches enteras en vela practicando interminables partituras para demostrar que valgo, pero ¿a quién?

«Huye», me grita mi mente.

Levanto un poco la mirada y unos murmullos comienzan a crecer. Mi mánager me hace gesto por detrás. Noto su vil mirada en mi espalda. De repente, me levanto de manera tan brusca que hace que las conversaciones y preguntas de los espectadores cesen.

Cuando tenía once años no pensaba en estos grandes concursos ni en este estatus. Tenía pasión.

Me encerraba en mi habitación durante horas tocando aquel pequeño piano. No había una partitura física, más bien era plasmar mis sentimientos en las notas, en el aire, en mi mente.

Aquel sonido conseguía salvarme de mis momentos de estrés, apatía y desesperación. Solo cerraba mis ojos y dejaba a mis ma-

nos completa libertad. Me perdía en cada nota, en cada momento. Me hacía más humana, más real, más única.

Pero con el tiempo me convertí en un títere, un títere que perdía su talento y que era forzado por sí mismo a hacer que todo estaba bien. Avergonzada y asustada de hacerlo.

De repente, comprendo todo: huyendo hacía mi misma me he encontrado.

Levanto mis ojos y con un sutil movimiento me giro hacía el público.

—Disculpen por mi pequeño bloqueo musical —Las palabras salen a trompicones de mi boca—, quería hacer que disfrutaran de una presentación impoluta, perfecta, pero no he logrado mi cometido. Llevo mucho tiempo practicando para actuar a semejante escala —comienzo a hablar con seguridad—. Antes tocaba con sentimiento, con una pasión que me recorría el alma. Lo hacía para desahogarme de todas las emociones negativas que luchaban en mi mente. Pero, ahora hago como que no existen —sonrío melancólicamente—. A veces, se me olvida que los malos momentos forman parte de un aprendizaje de vida, a fin de cuentas, la vida es como un piano, ¿verdad? Momentos buenos y malos, teclas blancas y teclas negras, pero solo me centro en hacer sonar las blancas, olvidando que las negras también hacen música —mis ojos se comienzan a nublarse por las lágrimas—. Perdonen por esta interrupción, seguiré con el espectáculo.

Me vuelvo a sentar, se hace un silencio propicio y en ese instante todo mi ser está más relajado, más libre, más yo.

La música fluye con calma y respeto.

No miro la partitura, no la necesito, mis dedos controlan mi cuerpo.

Me estoy dejando llevar como nunca antes.

Comienza a extenderse por todo mi cuerpo, tan dulce como la miel, tan libre como el viento.

El tiempo está pasando, me confundo en algunas notas, pero no me importa.

Toco las teclas con ternura, con amor, con melancolía.

Cuando me quiero dar cuenta, estoy tocando las notas finales.

¿Cuándo he comenzado a llorar?

Sorpresivamente, no me siento mal por llorar, tampoco por haber hablado delante de tanta gente y haber dicho tantas cosas, sentía como un nuevo yo brotaba en mí.

Me levanté con los ojos llorosos y el poco rímel que me puse, corrido.

Hize una pequeña reverencia ante el público que comenzó a aplaudir.

Veo a mucha gente impresionada, a otra emocionada y a otra susurrando alarmada.

Sé que no he convencido a todas las personas de este auditorio, pero yo sé que merezco estar aquí, jamás me había gustado tanto mi música.

Es mi música, mi estilo, mi todo.

Es mi modo de expresarme, mi salvación.

CATEGORÍA E

(Alumnado con diversidad funcional)

La música todo lo puede



Ilustración: Lucía Gómez García y Juan Ferre Ibáñez

GANADOR CATEGORÍA E

La música todo lo puede

Manuel Montañés Giner

Servicio de Atención Educativa Domiciliaria de Murcia

Manu es un niño al que le apasiona la música. Cada tarde iba al bosque a escuchar la melodía que sonaba tras los árboles y bailaba al ritmo de las notas musicales que escuchaba; eso le producía felicidad.





Un día, quiso saber de dónde procedía esa música que tanto le gustaba, pero su miedo a cruzar el río se lo impedía, no era capaz de cruzarlo.

De pronto, volvió a escuchar esa dulce melodía, y sin apenas darse cuenta, estaba cruzando el arroyo, marcando en cada piedra esas notas musicales que tanto le gustaban. DO, RE, MI, FA, SOL, LA, SI, DO.

Cuando llegó al otro lado, fue tanta la alegría que sintió de haber perdido el miedo a cruzar el arroyo gracias a la música, que quiso ir a darle las gracias a quien tocaba esa melodía.





Cuando llegó a la casa, descubrió que era un niño al piano llamado Mozart, al que le gustaba tanto la música que era capaz de componer sus propias melodías. Manu le contó lo sucedido, y Mozart se puso muy contento al saber que su música tenía poderes mágicos para ayudar a la gente.

Desde aquel día que Manu fue capaz de cruzar el arroyo gracias a la música, no faltó ni un solo día en ir a visitar a su amigo Mozart. Su música le ayudó a perder el miedo.



Mi violín naranja



Ilustración: Aurora Gil Bohórquez

Mi violín naranja

José Humberto Tixe Roldán

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

Esta es la historia de un violín de color naranja como las puertas de la habitación del hospital donde estoy escribiendo esto.

Todas las noches, el violín daba pequeños conciertos en el teatro de Lorca, la ciudad donde vivo, para que todas las personas que quisieran pudieran ir a escucharlo, pero siempre debían respetar el orden de entrada y salida y dejar una silla libre entre cada asiento para protegernos del virus malvado que había esos días por la ciudad.

Cuando apagaban las luces, el violín empezaba a sonar con una música muy dulce que ayudaba a relajarse y sentirse muy bien a todos. La gente escuchaba muy atenta y en silencio.

Al final del concierto, todas las personas se levantaban a aplaudir e iban saliendo en dirección a su casa muy relajados para dormir y soñar con el mar.

A mí me gustaba ir a esos conciertos que daba el violín porque me ayudaba a relajarme y a dormir muy bien, levantándome por las mañanas con ganas de pasear por el puente de piedra, des-

pués ponerme a correr, cocinar mi plato favorito y limpiar toda mi habitación.

En un futuro, yo aprenderé a tocar el violín para hacer conciertos juntos.

Tocando la guitarra con mi bisabuelo, don Mariano



Ilustración: Laura Acosta

Tocando la guitarra con mi bisabuelo, don Mariano

Alberto Jiménez Rodríguez

Servicio de Atención Educativa Domiciliaria

¡Hola a todos! Me llamo Alberto, y os voy a contar las vivencias vividas de mi bisabuelo con la música, don Mariano, como le llamaba mi madre, y espero que os guste. Mi bisabuelo don Mariano era un hombre muy mayor. Cuando lo conocí, fíjate si era mayor, que nació el 9 de julio de 1923, yo era muy pequeño, pero cada vez que íbamos a verlo, a mi madre le contaba algunas anécdotas de su viaje por toda España, tocando la guitarra, el laúd o la bandurria con su peña Almazara.

Mi bisabuelo era un hombre alto, calvo, delgado, que llevaba tatuado un ancla en el brazo e iba trajeado, siempre que podía, poniéndose un sombrero negro, para salir a la calle.

Él contaba que le dio clases un maestro en Mula, pero que al poco tiempo se murió, y que aprendió de lo que iba viendo y practicando mucho.

Él tenía, aparte de la música, otro *hobby* que era la artesanía. Don Mariano te hacía un bolso con esparto, como un laúd con sus manos.

En referencia a la música, fue miembro del grupo folclórico Peña Almazara, recorriéndose, junto a mi padre, lugares tan bonitos como Córdoba, Cuenca, Almería, Alicante, incluso por los pueblos donde su gente les daba cobijo y comida, en la cual ellos tocaban. Y en cada una de esas ciudades y pueblos decía que tenía recuerdos bonitos e inimaginables. También dice mi madre que le dieron muchos obsequios por su colaboración, en libros escritos de panocho, y también por contar como era la huerta murciana.

Por desgracia, murió el 15 de abril del 2016, a los noventa y dos años, dejándole un legado de música a mi padre de guitarra, laúd y bandurria, y yo de mayor quiero tocar la guitarra como mi bisabuelo. Espero que os haya gustado, un beso a todos.

Todos somos especiales



Ilustración: Clara Cordero Balcázar

Todos somos especiales

Esther Vázquez Calderón

Hospital Universitario de Guadalajara

Ester e Inés son dos amigas a las que les gusta la música y que estudian en el mismo colegio.

Ester toca la pandereta e Inés la batería. Su sueño es presentarse al concurso de Jóvenes Talentos, que se realiza en Madrid.

Para poder participar, necesitan formar un grupo musical, y su profesor de música las anima a intentarlo porque confía totalmente en ellas y en sus capacidades.

Ester e Inés tienen el apoyo de sus familias, y su profesor de música, Alfredo, les da la idea de que busquen entre sus amigos para formar el grupo.

Lo primero, es buscar una cantante. Las dos tienen un par de amigas que cantan muy bien, pero no saben por cual decidirse. Se llaman Ainhoa y Paula. Entonces quedan con ellas y las ponen a prueba para ver a quien cogen.

Ainhoa y Paula dan lo mejor de ellas, pero al final solo pueden elegir a una.

Se deciden por Ainhoa porque a ella le encanta cantar todo el tiempo, y esta se pone muy contenta.

Como necesitan una canción para el concurso, le piden ayuda a Alfredo porque, además de profesor de música, compone canciones. Este se emociona al ver la confianza que las chicas depositan en él y se pone a escribirles la mejor canción posible.

Cuando el profe de música tiene la canción, se la da a las chicas. Como todavía faltan más miembros para formar el grupo, deciden hacer pruebas a todos sus amigos, y no son pocos...

Durante varios días hacen pruebas, pruebas y más pruebas...

Fue muy agotador, pero Ester e Inés finalmente tomaron una decisión. Escogieron a tres amigos que lo hicieron de maravilla: Alba, Ander y Alan.

A cada uno de ellos se les da bien tocar un instrumento: Alba toca el piano, Ander la guitarra española y Alan, que toca la flauta travesera, siempre está dando ánimos a sus amigos y amigos.

Como necesitaban dinero para organizar el viaje y comprar nuevos instrumentos, con la ayuda de su profe preparan una actuación en un polideportivo de su localidad y así recaudar todo el dinero que les hace falta para poder irse a Madrid.

Como a todos les gustan los animales..., Alfredo les compone una canción sobre sus mascotas.

Inés tiene un perro, Alan un hámster, Alba un conejo, Ander un gato, Ester un pez y Ainhoa un canario.

Todos en el pueblo se sorprenden al enterarse, porque Ester, Inés, Ainhoa, Alba, Ander y Alan tienen diversidad funcional: Ester, Ainhoa y Ander tienen problemas de movilidad, los tres van en silla de ruedas y todos tienen un retraso cognitivo.

El pueblo se vuelca en ayudarlos y el grupo musical está deseando mostrarles lo que saben hacer.

La canción fue un éxito total. Consiguieron el dinero que necesitaban para el viaje y muy contentos se fueron a una empresa de autocares para alquilar un autobús adaptado a la movilidad reducida para que los llevara a Madrid.

Por fin llegó el gran día para viajar todos juntos camino de cumplir su gran sueño.

Cuando llegaron a Madrid estaban muy nerviosos, pero felices.

Como estaban tan asustados cuando salieron al escenario, lamentablemente se equivocaron, pero el público los sorprendió animándoles y aplaudiéndoles para que continuaran, cosa que hicieron y pudieron terminar la actuación.

Finalmente, no ganaron, pero se lo pasaron muy bien con los demás participantes y se sintieron tan especiales por haber podido realizar su sueño de cantar a pesar de sus discapacidades, que el hecho de no ganar, no les importó ni lo más mínimo.

Los jueces abandonaron sus sillas y se fueron a hablar con ellos, dedicándoles todo tipo de piropos.

Sus familias y el profe de música corrieron hacia ellos para abrazarlos.

Llegó el momento de volver a casa, y como se lo habían pasado de maravilla, Ester, Inés, Ainhoa, Alba, Ander y Alan siguieron adelante con el grupo.

Y así fue como nació el grupo musical TODOS SOMOS ESPECIALES.

La música es mágica



Ilustración: Álvaro Peña

La música es mágica

Macarena Pittaluga Gómez

Servicio de Atención Educativa Domiciliaria de Murcia

Una noche de invierno, donde hacía mucho frío y la lluvia se oía chocando con los cristales.

Había una niña que vivía en un pueblo, a la que más que nada le apasionaba la música. Su nombre era Clara.

Vivía en una casa muy pequeña, que compartía con su gato Frufri y su papá.

Su mamá había fallecido, y la niña se agarraba a la música para poder descargar su tristeza.

La música le hace evadirse y soñar. La transporta a paisajes y vivencias mágicas. La hacía imaginar sitios donde las mujeres unidas luchaban por crear un mundo mejor, donde no hubiese nadie superior a nadie, donde hombres y mujeres tenían los mismos derechos y compartían con respeto los espacios.

Al vivir Clara en una casa tan pequeña y no tener su papá mucho dinero, le era imposible poder comprar un instrumento.

Su papá, al ver con tristeza que no podía comprarle lo que Clara más deseaba, decidió no darse por vencido y construirle en sus

ratos libres, con material reciclado, un hermoso piano. Para ello se inspirará en su mujer, a la cual echaba mucho de menos, y en la música de Clara, en sus canciones y en su voz.

Salía por las noches a buscar maderas y materiales que la gente tiraba en los contenedores para poder construir el piano.

Una noche, mientras miraba en los contenedores, oyó un gemido, y al mirar dentro, encontró un pequeño cachorro al cual habían abandonado. Al verlo, tan pequeño y vulnerable, el papá de Clara no dudó en abrigarlo y llevárselo a casa. El cachorro estaba muy triste y asustado, pero el papá de Clara pasó toda la noche junto a él para que cogiera confianza.

Era un hombre muy bondadoso y amaba a todos los seres vivos.

Cansado de trabajar toda la noche fabricando el piano y cuidando el cachorro, al amanecer se quedó dormido.

Cuando Clara despertó y bajó a desayunar, ¡ahhhh! Cuál fue su sorpresa al descubrir en el centro del salón un maravilloso y hermoso piano. El más hermoso que jamás había visto.

Clara no pudo contenerse y empezó a tocarlo, las notas salían limpias y bellas. Sonaba perfecto, tan perfecto que las notas se convierten en palabras.

Al sonido del piano, su papá se despertó y se quedó pasmado al ver que todo el material reciclado había desaparecido, al igual que el cachorro; solo estaba un hermoso piano.

Le contó a Clara lo que había pasado la noche anterior, y juntos buscaron por todas partes al cachorro, pero no lo encontraron. Solo encontraron una nota que decía: «Gracias a tus cuidados me has hecho crecer y confiar en mí mismo. ¡Guau, guau!».

Desde aquel día, Clara se dio cuenta que cuando tocaba el piano las notas se convertían en palabras, palabras que transmitían mensajes hermosos. Las notas del piano le decían que la bondad y la generosidad de las personas, cuando se deseaba algo y se trabajaba con constancia y amor, hacía que se hicieran realidad los sueños. Como prueba, ahí estaba ese maravilloso piano que tan feliz hacía a Clara, el cual hablaba a través de sus notas, transportándolos a mundos y paisajes maravillosos; ese es el poder de la música.

Clara se convirtió en una magnífica pianista, y su papá agrandó la casa construyendo un magnífico jardín, el cual empleó para alojar animales abandonados, para que perdieran su miedo y se sintieran queridos y formaran parte de una familia, dándoles un hogar.

La música los hace felices a todos, tanto a Clara como a su papá, como a todos los animales que compartían su vida.

Se dieron cuenta de que la música es magia pura.

XIV Certamen Internacional de Relatos “EN MI VERSO SOY LIBRE”

ACTA DEL FALLO DEL JURADO

1. En Murcia (por medio de conexión virtual con la plataforma Google Meet), siendo las 17 horas del día 21 de abril de 2021, se hace pública la composición del jurado del XIV Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” formado por:

Presidenta: D^a. Aurora Gil Bohórquez

Secretaria: D^a. Juana María Sánchez García

Vocales: D^a. Julia Gacía Palomar

D^a. Marisa López Soria

D. Alonso Palacios Rozalén

D^a. Pilar Carrasco Lluch

D^a. Carmen Donaire Muñoz

D. José Emilio Linares Garriga

2. En la presente edición se han recibido 128 relatos, procedentes de 19 aulas hospitalarias de procedencia nacional: Barcelona, Santander, Gran Canaria, Oviedo, Guadalajara, Madrid, Albacete, Logroño, Valladolid, Salamanca, Pamplona y Murcia.

3. Los miembros del jurado, una vez leídos todos los relatos, deciden por mayoría absoluta otorgar los siguientes premios:
 - **Premio para la Categoría A** (de 6 a 9 años) al relato “La guitarra mágica”.
 - **Premio para la Categoría B** (de 10 a 13 años) al relato “El profesor de violín”.
 - **Premio para la Categoría C** (de 14 a 17 años) al relato “Niebla”.
 - **Premio para la Categoría E** (alumnado con diversidad funcional) al relato “La música todo lo puede”.

4. Además, el jurado decide seleccionar, por su calidad literaria, otros 22 relatos que serán publicados, junto con los cuatro ganadores, en el libro “En mi verso soy libre. Relatos 2021”.

Relación de Aulas Hospitalarias participantes en el XIV Certamen Internacional de Relatos 2021 “En mi verso soy libre”

PRINCIPADO DE ASTURIAS

Hospital Universitario Central de Asturias

CANARIAS

Hospital Universitario Materno Infantil de Gran Canaria

CANTABRIA

Hospital Universitario Marqués de Valdecilla de Santander

CASTILLA Y LEÓN

Hospital Clínico Universitario de Valladolid

Hospital Clínico Universitario de Salamanca

CASTILLA LA MANCHA

Hospital General Universitario de Albacete

Hospital Universitario de Guadalajara

CATALUÑA

Hospital Clínic de Barcelona

COMUNIDAD DE MADRID

Hospital Universitario Fundación Alcorcón

Hospital Universitario de Fuenlabrada

Hospital Universitario Infantil Niño Jesús

Hospital Universitario de Getafe

REGIÓN DE MURCIA

Hospital Clínico Universitario Virgen de la Arrixaca de Murcia

Hospital General Universitario Reina Sofía de Murcia

Hospital General Universitario Santa Lucía de Cartagena

Servicio de Atención Educativa Domiciliaria

COMUNIDAD FORAL DE NAVARRA

Servicio de Atención Educativa Domiciliaria del Hospital Virgen del Camino de Pamplona

Unidad de Pedagogía Hospitalaria Clínica Universidad de Navarra

LA RIOJA

Hospital San Pedro de Logroño

AGRADECIMIENTOS

Instituciones y entidades patrocinadoras del XIV Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre” 2021



Región de Murcia
Consejería de Educación y
Cultura



ÁREA DE SALUD VII
MURCIA ESTE

HOSPITAL GENERAL UNIVERSITARIO
REINA SOFÍA



Hospital General Universitario
Santa Lucía



Vega Media del Segura



Fundación para la Formación
e Investigaciones Sanitarias
de la Región de Murcia



FUNDACIÓN
CAJAMURCIA



Laboratorios Lorca Marín
Comprometidos con la salud desde 1954
www.lorcamarin.es



LIBRERÍAS
Diego
Marín



azarbe.es



Rotary
Club Murcia



Publicaciones recientes de la Consejería de Educación y Cultura

www.educarm.es/publicaciones

- Don Azarbón: cuando los sueños se hacen realidad = Mr. Azarbón: when the dreams come true / Sofía Belmonte Charco.
- El comedor escolar y familiar como entorno de aprendizaje: abordando la alimentación en la diversidad de los niños. Manual práctico / María José Muñoz y Carmen María Ferrer.
- El tío Juan Rita: de niño pastor a trovero / Raquel María Hernández Martínez y E. O. Calderín (il.).
- Transformar la educación para cambiar el mundo. I Jornadas Nacionales de Educación para el Desarrollo y Objetivos de Desarrollo Sostenible / Enrique González Lorca y Ramón Mínguez Vallejos (coords.).
- Paletas de inteligencias múltiples basada en proyectos de aprendizaje (ABP) de un Centro de Educación Especial (CEE) / M^a del Rosario Barrena Calderón y Jorge Postigo García.
- Las otras matemáticas. Textos para todos los públicos / Manuel Feito Guzmán.
- Guía para el docente. Google Suite (Meet, Sites y Classroom). Guías para la enseñanza online: estrategias de enseñanza y evaluación / Ramón Formoso Martínez.
- Guía para el docente de Formación Profesional. Guías para la enseñanza online: estrategias de enseñanza y evaluación / Francisco José Hernández Pérez (coord.).
- Los sueños. XIII Certamen Internacional de Relatos "En mi verso soy libre" / Ana María Ferrer Mendoza y Juana María Sánchez García (coords.).
- Proyectos de diseño. Teoría y metodología del proyecto / Armando Cano Redondo, Marina Gómez Carruthers, Juan Mercader Inglés y Pilar Salvador del Pozo.
- El Alma en el Limes (Arte en el Aula) / Juan Francisco Jordán Montés.
- Una visión cercana de la Microscopía en el Laboratorio de Educación Secundaria / Raquel Boronat Gil y José Pedro López Pérez.
- Redibujando a José Lucas / Víctor Lucas Bermúdez.
- Trabajos premiados en el X Congreso Regional "Investigadores Junior CMN-CARM" Curso 2018-2019 / Dirección General de Evaluación Educativa y Formación Profesional. Servicio de Ordenación Académica.
- Altas capacidades intelectuales: conceptualización, identificación, evaluación y respuesta educativa / Gracia María Reche Morales.

XIV Certamen Internacional de Relatos “En mi verso soy libre”

Este libro reúne los relatos seleccionados en el XIV Certamen Internacional “En mi verso soy libre”, organizado por el Equipo de Atención Educativa Hospitalaria y Domiciliaria de la Región de Murcia (España), dependiente de la Consejería de Educación y Cultura. Se trata de un proyecto que trasciende las actividades de animación a la lectura y escritura. Va dirigido a desarrollar en los niños y adolescentes hospitalizados sus capacidades creativas y literarias,

aprovechando el poder terapéutico que dichas disciplinas pueden ejercer en situaciones adversas. Cada uno de los relatos está magníficamente ilustrado por una serie de colaboradores que se suman a esta iniciativa.

El tema de este año ha sido LA MÚSICA y los relatos se han llenado de notas, pentagramas, instrumentos musicales, canciones, melodías y conciertos. Nuestros escritores han expresado cómo la música es la lengua ideal para comunicarse.

